

ala delta

Xavier BERTRAN

INDY AIR



Lectulandia

Isern es un adolescente apocado y torpón. Su hermano gemelo Roger, más dinámico y atrevido, se convierte en un fantástico entrenador de skate y guía que le hará ver las cosas desde un ángulo nuevo.

Lectulandia

Xavier Bertran

Indy Air

Ala delta - 24

ePub r1.0

Titivillus 21.07.16

Título original: *Indy Air*
Xavier Bertran, 1994
Ilustración: Isidre Monés

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Si encuentra alguna errata en el libro o quiere compartir libros del mismo autor o colección, puede avisar por mensaje privado en la página oficial de EpubLibre para mejorar juntos el proyecto Scriptorium

más libros en lectulandia.com

1. Los regalos de septiembre

TODOS los años, en la segunda mitad de septiembre, me caen un montón de regalos.

El primero es una lata, se lo cambio a quien lo quiera: el comienzo del curso. Roger y yo hemos empezado sexto de EGB, y aún no sé qué contar de él, porque estos primeros días andamos como locos.

Roger es mi hermano mellizo, y digo mellizo a conciencia, ya que somos de esos gemelos tan iguales como dos fotocopias. En el carácter, ¿ves?, ya no nos parecemos tanto. Roger es el complemento que yo necesito. Es especial: más decidido que yo, más activo, no le cuesta hacer amigos... Me viene bien tener a Roger a mi lado cuando aparecen los problemas.

Y los problemas me surgen a menudo, con los amigos del cole: quizá la culpa la tengan los deportes, porque soy un patoso en todo lo que toca al esfuerzo físico, y los compañeros se ríen de mi torpeza.

Roger, en cambio, es un campeón nato. Le es igual el fútbol que el baloncesto o los ejercicios gimnásticos: destaca en todo. Si yo fuese como él, lo tendría mejor en la escuela.

Menos mal que, en Montornès, el comienzo de curso trae premio de consolación, pues celebramos las fiestas del pueblo el tercer domingo de septiembre y casi nos coincide con el inicio de las clases. Hay años que vamos dos días al colegio y ya estamos de fiesta, suerte que tenemos.

El día de los festejos se escogió hace un siglo para señalar el comienzo de la vendimia, aunque yo siempre he pensado que nuestros abuelos quisieron, además, hacer un favor a los escolares afligidos por el final de las vacaciones; quizá me equivoque.

Durante la fiesta mayor, siempre me caen regalillos: mi madre me da tres billetes para montar en las atracciones de la feria y, como mis abuelos también desatan la cartera, recojo un buen montón de un lado y del otro.

Pero los mejores obsequios me llegan una semana más tarde, el día 29, por San Isern, mi santo.

En eso me diferencio de Roger, claro; él no celebra su santo hasta el 22 de noviembre, y recibe los regalos más espaciadamente que yo. Según como se mire, es una ventaja, pero yo prefiero la intensidad de emociones de la última quincena de septiembre. ¡Viva la marcha!

Este año vi peligrar los regalos de mi santo, porque mi madre estuvo todo el verano rezongando con que ya éramos mayores para este tipo de celebraciones; sin embargo, finalmente, me compró una supercaña de pescar que utilizaré en verano, cuando vayamos de *camping* al Pirineo. Nuestra madre nos ha prometido que iremos.



Los que se lucieron cantidad fueron los abuelos Galvany. Me regalaron un monopatín de los buenos, un Santa Cruz de profesional, con la base adherente negra y los ejes verde

fosforito. Y no era el modelo del año pasado, el que tiene la tabla con la punta triangular, que no me gusta tanto, sino el flamante, el de la punta redondeada que casi iguala la elevación de los dos extremos.

No me lo esperaba, y tan bueno, todavía menos. El mes pasado yo les había comentado que flipaba contemplando la panda que hace *skating* en la plaza Joan Miró, y, a la chita callando, mis abuelos tomaron nota.

El regalito, sin embargo, no le gustó a mi madre. Lo agradeció de boquilla, por supuesto, pero enseguida sacó a colación los accidentes que provocan los monopatines y las veces que un coche se ha llevado por delante a un chico que patinaba en la calle.

—Ahora ya no pasa, mujer —respondió mi abuelo, como si ya se esperase las objeciones, repantigándose en la silla—. Ahora, en todos los pueblos han hecho unas pistas especiales y los chavales ya no tienen que patinar en la calle.

—Pues en Montornès no hay ninguna de esas pistas —aseguró mi madre, seca. Y, como no estaba segura de lo que había dicho, me pidió confirmación—: ¿Verdad que no hay ninguna, Isern?

—N-no... —agarré fuerte el *skate* disputado, sin gana ninguna de ponerme de su parte—. Todavía no hay, pero he oído que el Ayuntamiento hará una.

Mi madre había intentado atajarme, y yo le devolví la pelota con un farol. De hecho, algo les había oído decir a los de la panda que patina en la plaza, aunque, ya se sabe, que los chicos hablen, no significa que el Ayuntamiento vaya a marcarse el detalle.

—Vamos a probar el *skate* —Roger tiró de mí para salvarme de la discusión de los mayores.

—¡Nada de patinar en la calle! —ordenó mi madre, temiendo que me pillase un coche.

—No, no. Sólo patinaré en la plaza —la tranquilicé.

—¿Has visto qué picados están los viejos? —apuntó Roger, camino de la plaza.

—¡Bu-uf!

La picada venía de lejos. Mi madre nunca se había entendido muy bien con sus suegros, y sus relaciones empeoraron cuando murió mi padre, ahora hará los dos años, y empeoraron aún más cuando mi madre empezó a salir con Pere Meranges.

Pere es un hombre de cuarenta años, los mismos que contaría mi padre, y tiene una tienda de televisores en la misma calle donde está la perfumería de mi madre. Es un buen tío y se nota que mi madre lo quiere; pero eso les sienta mal a los abuelos Galvany, les duele que su nuera haya encontrado tan pronto un sustituto a su hijo.

Yo pienso que los yayos no tienen razón; dos años no es tan pronto. Mi madre aún es joven, con treinta y seis años tiene derecho a rehacer su vida.

Pere está colado por mi madre, y hace todo lo que puede para caernos simpático a Roger y a mí. Incluso, a veces, fuerza demasiado sus intentos de gustarnos, de tanto como teme que nos opongamos a sus relaciones con nuestra madre.

Yo le doy la razón a la pareja; Roger, en cambio, es totalmente contrario. No soporta a Pere Meranges, sólo le ve los

defectos. Lo hemos discutido miles de veces, y mi hermano se cierra en banda, no hay manera de hacerle razonar.

—¡No sé qué pinta mamá con este zopenco! Mamá merece una cosa mejor.

—A quién quieres que busque, ¿al rey del petróleo austral?

—¡A alguien tan bueno como papá!

Roger se pasa. Tal vez tiene un recuerdo mitificado de papá porque nos entendíamos muy bien con él; bueno, para ser sincero, mejor que con mi madre.

A mi padre le gustaba jugar con nosotros, se pirraba por enseñarnos a hacer cosas: a construir cabañas con tablas y cuerdas. a hacer puntería con la escopeta de aire comprimido, a disfrazarnos de marcianos auténticos...

Era muy deportista, como Roger, y también nos enseñó a montar en bici y a patinar con patines de bota, claro, *skates* no hemos tenido hasta ahora.

La caña que me ha regalado mi madre, en el fondo, es en recuerdo de los juegos que hacíamos con papá. Nos había llevado la tira de veces a los ríos de la Cerdaña.

Lo pasábamos bomba en el Pirineo. Plantábamos la tienda cerca de un torrente de montaña y los hombres nos marchábamos a pescar truchas. Mi padre iba lanzando el anzuelo de cucharilla y nos explicaba cómo hay que recogerlo y en qué puntos del río era más probable que se escondiese una trucha.

Mi madre nunca nos acompañaba al arroyo, no le gustaba pescar; su trabajo consistía en asar las truchas que pescábamos.

Durante estos dos años no hemos vuelto a la Cerdaña. Lo hemos reclamado tantas veces que mi madre ha prometido

llevarnos el próximo verano; el regalo de la caña ha sido la prenda.

Roger y yo echamos de menos la camaradería de mi padre, las horas que nos dedicaba. Mi madre anda demasiado ocupada con la perfumería y la casa, y no le queda mucho tiempo para nosotros. También tiene un carácter distinto al de mi padre, le va menos la juerga.

2. Las opiniones de Roger

LA plaza Joan Miró estaba vacía porque las once de la mañana de un sábado aún es hora de estirar la pereza entre las sábanas. Nosotros mismos habríamos estado «sobadísimos», a no ser por el trasiego de los regalos.

Mejor así, toda para nosotros. Es la única plaza ancha del pueblo con el suelo asfaltado, hace una pendiente suavcita que acaba en la tapia de la escuela Sant Sadurní, y tiene un par de escalones en la calle Verdaguer que son perfectos para resbalarse sobre el bordillo; ni hecha a posta para entrenarse con el *skate*.

Roger se sentó en las escaleras que dan a la calle Juan XXIII, a verme patinar. Él se lo monta de primera con el *skate*, pero se había hecho un esguince en el tobillo jugando a baloncesto y estaba convaleciente. Le quedaba una buena temporada de envidiarme la tabla flamante.

Dejé el patín en el suelo y di la primera pedalada. Rodaba de buten.

La tabla, no yo. Yo iba inseguro; con los patines de bota me defendía, pero nunca me había subido a un *skate*.

Fueron cinco minutos de tembleque: aunque le daba impulso como a un patinete, no aguantaba ni tres metros encima de la tabla.

Para ser sincero, no era el equilibrio lo que me preocupaba, estaba pendiente de saltar cuando la tabla se me escapara. El monopatín, si no estás atento, funciona como una máquina asesina: antes de darte cuenta, ya te has pelado los morros.

Y siempre pasa lo mismo: cuando te has pegado cinco galletas y comienzas a pensar que no aprenderás nunca, justo entonces, observas que te mantienes. Afortunadamente, pude patinar sin obstáculos, con toda la plaza para mí solo, y tardé menos tiempo en dejarme llevar.

Roger me iba diciendo:

—¡Echa el cuerpo hacia adelante, Isern! Así, ¿lo ves? Ahora controlas el equilibrio... Si te pones demasiado derecho, se te escapa la tabla.

Eran cosas que yo ya sabía, pero siempre viene bien que un entrenador señale tus defectos.

La pizca de pendiente de la plaza servía para darme velocidad; no tenía que pedalear y podía dedicarme a controlar la estabilidad; de subida me era más difícil. El monopatín cansa más de lo que parece; como las ruedecitas te llevan, parece que no te tengas que esforzar, pero al cuarto de hora estás echando los higadillos si no estás suficientemente entrenado.

Cuando ya conseguía dar los virajes inclinando el cuerpo, paré junto a Roger para recuperar el resuello.

—¡Jo! Parece que no haces nada, y... —me dejé caer en las escaleras, a su lado.

—Dos días entrenándote y aguantarás una caña.

—Eso espero.

Roger estaba de mal temple, y no era por no poder estrenar el *skate*, sino por el

sarao que nos esperaba en casa. No se lo quitaba de la cabeza. Habíamos dejado a los viejos peleándose y nos los encontraríamos peleándose.

Hoy los abuelos se quedaban a comer, para celebrar mi santo, y Roger temía la hora de volver a casa. Se calentaba el coco y tenía pocas ganas de hablar.

—Tío, recógete los morros, que te los vas a pisar —le solté al final, mosqueado por su silencio.

—¡Bah! —se limitó a contestarme.

Pues la culpa de su mal humor era sólo suya. No sabía mantenerse a distancia de las batallitas familiares, como hacía yo; él tomaba parte por un bando u otro, y éste era el provecho que sacaba.

—Mira, tío, en serio, pasemos de la guerra de los viejos —estaba harto de decírselo—. Vamos a casa a ponernos las botas, que hoy hay manduca de la buena, y nos largamos volados, los dejamos que se pinchen solos.

—¡Es que mamá se sulfura por nada! —ya estábamos, ya tomaba parte—. ¿Te has dado cuenta de cómo le ha molestado que los abuelos te hayan hecho un regalo mejor que el suyo?

—El regalo de mamá también es bueno...

—No, Isern. Fíjate, la tabla vale el triple que la caña de pescar. Los abuelos se han lucido este año, y eso ha mortificado a mamá. Ya le he visto una cara rara cuando has desenvuelto el monopatín, y enseguida se ha puesto a recordar historias de *skaters* atropellados por coches...

—El *skate* era el pretexto. Ella está picada con los abuelos y de cualquier cosa hace...

—¡Exacto! Pero ha sido una descortesía para con ellos. Al abuelo Gilbert le ha dolido, ¿no te has dado cuenta? Él te había comprado el monopatín con toda la ilusión...

—Bueno, vamos a decirlo todo. Con ilusión y con más cosas...

—¿Con qué más?

—Con política, claro está... ¿No te acuerdas de los regalos que nos hacían antes los abuelos Galvany para nuestro santo?

—Nos compraban... Éramos unos chiquillos.

—¡Venga, tío! Nos regalaban cosillas normales: un par de clics o de *madelmanes*. ¿Y sabes desde cuándo nos hacen esta pasada de regalos?

—Nnnn... —Roger prefería no contestar.

—Desde que mamá sale con Pere Meranges, ¡lo sabes de sobra! Como los abuelos se oponen, nos hacen regalos fastuosos para ponernos de su parte. Estas Navidades ya se pasaron, recuérdalo.

Roger continuaba cerrado como una caja fuerte, y yo, puesto que era mi santo y no tenía ganas de discutir, puse la tabla en el suelo y volví a patinar.

Ahora iba más seguro, ya no paraba al llegar a la pared de la escuela, hacía girar

el monopatín balanceando el cuerpo y podía dar vueltas a la plaza sin detenerme.

De vez en cuando se me escapaba una mirada de reojo hacia la escalera. Roger continuaba mustio.

Para no verlo, me acerqué a la acera de la calle Verdaguer, a resbalar el *skate* sobre el borde del peldaño, como se lo

había visto hacer a la panda de la plaza. ¿Cómo lo llaman?... Eso: «grindar».

En mi primer intento de "grindar», me libré por los pelos de estrenar el asfaltado de la calle. «Tranqui, Isern, que a todo el mundo le pasa.» Arremetí en paralelo al escalón y, con un golpe de rodillas, giré la tabla para que quedase medio dentro, medio fuera, y la inercia me hiciese «grindar» sobre el borde.

Pero, por lo visto, la tabla llevaba otra idea, y salió rebotada como una pelota de *rugby*. Como me lo estaba temiendo, brinqué a tiempo y dejé que se arrease el meco sola.

De hecho, todos los grandes campeones han aprendido así, rompiendo tablas y teniendo suerte de no romperse ellos. Iba bien, pues.

La madera se salvó con una sola rascada. Era la primera de las muchas que la esperaban.

Lo repetí un par de veces, rascada incluida, y volví al lado de Roger porque las rodillas me temblaban.

—No te matarás, animal... —me saludó, afectuoso. Era mejor que los morros de antes.

—Eso no es nada. Dentro de una semana me verás haciendo una de esas volteretas... ¿cómo las llaman?

—Un *indy air*, me parece; o un *invert*...

—Ése, el *indy air*, dando la vuelta completa.

—Ya te ha faltado un pelo para dar la voltereta completa. Ahora...

—Nada, tío, un pequeño error de coordinación muscular. —Lo tienes que hacer de otra manera: entrar más suave y girar la tabla con un golpecito de nada, y no como lo has hecho, a toda caña; bestia, que no te has matado de milagro.

—¡Ajá! Ha sido un milagro de san Isern; se ha de notar la fecha, ¿no?

—¡Venga! ¡Pues, si hoy te protege san Isern, vuélvete a tirar, aprovéchalo!

Seguí su consejo. Éste y el de la manera de abordar el escalón para que la tabla «grindase» con suavidad.

La primera vez casi me sale, pero me quedé corto de fuerza; la segunda me pasé, y la tabla volvió a saltar como una rana de concurso; hacia la decimotercera o decimocuarta vez, conseguí «grindar» un par de metros. ¡Ejem, no tiene importancia!

—Con ochocientas veces más, lo domino —presumí.

—¡Hay que ver, qué paciencia tienes! —reconoció Roger—. Yo me pondría nervioso si tuviera que ensayar tantas veces.

—Ah, chaval, tú tienes una cualidad y yo tengo otra. Tú aprendes enseguida, y yo tengo que ser más tozudo.

Más tozudo y más cansado. Estaba tan poco acostumbrado a los ejercicios violentos que me salían las mantecas por las orejas. Los ochocientos intentos previstos habrían de esperar una semana a que se me pasasen las monstruosas agujetas que tendría al día siguiente.

La llegada de la panda de *skaters* a la plaza me distrajo cuando iba a proponer la vuelta a casa. Comenzaron a patinar sin hacerme caso, pero avistar un Santa Cruz refulgente les tenía que atraer fatalmente.

—¿Habéis visto la tabla que tiene Isern? —señaló Magem.

Es el capitán de la panda: un chaval larguirucho de enganchada fácil. Magem y yo nunca hemos simpatizado.

—Eh, Isern, ¿quién te la ha dejado? —no podía creer que yo tuviese una tabla tan buena.

—Es mía —no quería dar explicaciones.

—Pero, ¿tú sabes patinar?

—Ya aprenderé.

—Para aprender te iría bien una maderita barata. Ésa es de profesional.

—Mejor para mí, ¿no?

El suyo era el caso contrario. Magem patinaba bastante bien y ya se atrevía a hacer algunas figuras de campeonato, pero su tabla continuaba siendo de principiante. No me extrañaba su envidia.

—A ver, Isern, demuéstranos qué sabes hacer con esa supertabla. ¡Patina un poquito!

Yo me sentía violento, porque me daba cuenta de que sólo me lo pedía para verme hacer el ridículo, y nunca he sabido cómo evitar a los grandullones que abusan de los chicos torpes.

Roger me ayudó a resolver la situación.

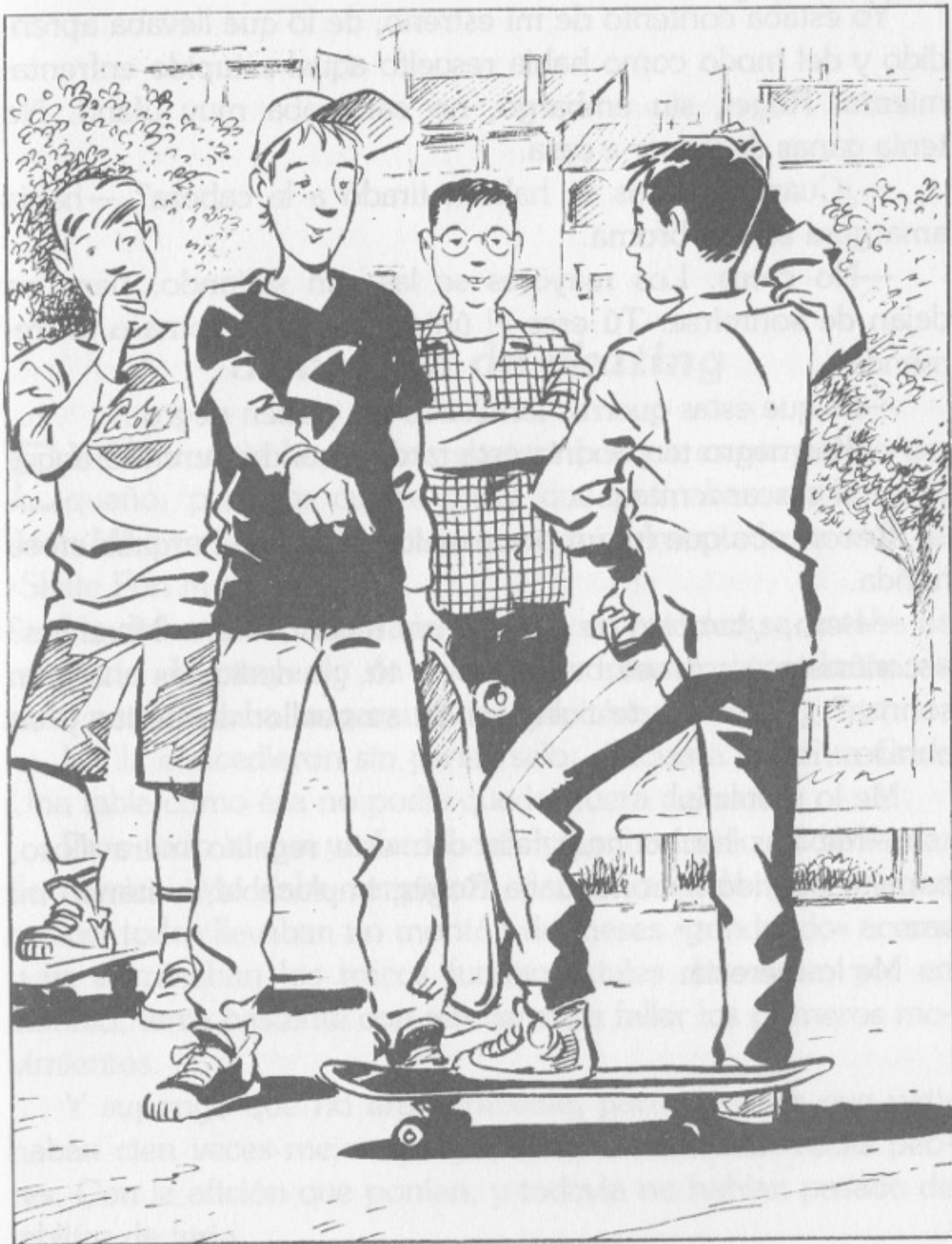
—Tú, ni caso —me apuntó—. Recoge la tabla y nos vamos tan panchos a casa.

—Estoy cansado de *skate* —contesté—. Ya me veréis patinar todos estos días.

—Bien dicho. Y ahora, encima, vete patinando —completó Roger.

Lo hice. A partir de media plaza, monté en la tabla y rodé sin prisa hasta la calle Verdaguer.

—Pues se aguanta... —comentó el *Hurquillas*, detrás de mí, mientras se quedaban con las ganas de verme caer.



Yo estaba contento de mi estreno, de lo que llevaba aprendido y del modo como había resuelto aquel estúpido enfrentamiento. Roger, sin embargo, no caminaba muy ufano. No tenía ganas de volver a casa.

—¿Cuántos platos se habrán tirado a la cabeza? —había amargura en esa broma.

—No creas. Los mayores se las van soltando, pero no dejan de sonreírse. Tú eres el único que se lo toma a la tremenda...

—Es que estas guerras familiares me ponen negro...

—Más negro te pondrás esta tarde, cuando Pere Meranges venga a buscar a mamá...

Reconozco que fui un poco malo: sabía que hurgaba en su herida.

—Isern, ¿también te traerá un regalito Pere Meranges? —contraatacó con voz burlona—. Y tú, ¿le dedicarás una gran sonrisa? ¿O tal vez te cuelgues de su cuello: un besito y un abrazo...?

Me lo merecía.

—Me has hecho muy feliz con este regalito maravilloso, papáito querido —continuaba Roger, implacable, imitando mi voz.

Me lo merecía.

3. El club de *skating*

EN Montornès hay pocos *skaters* porque es un pueblo pequeño, pero los cuatro gatos que patinaban en la plaza Joan Miró tenían tanta afición que habían montado un club, el «Skate Fun Montornès».

He dicho club demasiado deprisa; en realidad se trataba de un inicio de proyecto de ensayo de intento de embrión de club, pero fardaba megamucho y solicité la admisión.

Me la concedieron sin pensárselo, gracias a la Santa Cruz. Una tabla como ésa no podía quedar fuera del club.

Pero todo lo que yo fardaba de plancha, no lo podía fardar de técnica. Me daba vergüenza patinar al lado de los otros socios: todos llevaban un montón de meses «grindando» aceras y ya dominaban los trucos fundamentales del *skate*; yo, en cambio, tenía bastante con atreverme a fallar los primeros movimientos.

Y supongo que no era agradable, para chavales que patinaban cien veces mejor que yo, tener *skates* cien veces peores. Con la afición que ponían, y todavía no habían pasado de tablitas de feria.

La suma de todo esto volvió contra mí el ambiente del club. Yo tampoco tengo el carácter abierto de Roger, y me cuesta hacer amigos.

Magem, el presidente del club, se vició en dedicarme una gentileza cada vez que intentaba un truco y fallaba, que era casi siempre.

—¡Pifia! Un poquito más. y te sale el *kickturn*, *Numberone*. ¡Y ése es el giro más sencillo! ¡Vas bien, muchacho!

Así me llamaba, «Namberguán», y la panda le copió el mote enseguida. No era un mal alias, bien mirado; lo peor era el tono socarrón.

—Realmente se ve extraño, un principiante con esa tabla de campeonato —reconocía Roger—. Resalta tu mala traza.

—¡Anda, qué simpático! Justifica las estupideces que me sueltan, venga, va...

Roger me pinchaba de vez en cuando, pero sobre todo me animaba. Sin sus frases de aliento, habría abandonado el *skate*. Los chicos me aburrían tanto con sus burlas que estuve a punto de mandar al traste el club y el patinaje.

Hombre, pues claro, es muy penoso que, cuando te estás esforzando más que un comando en la selva para aprender a controlar la maldita tabla, con los tobillos morados de tantos golpetazos. además tengas que aguantar las gracias de unos cuantos guasones.

Roger no permitió que abandonase.

—Venga, tío, que eso son bromas.

—Ya, bromas... Tendrías que aguantarlas tú, entonces verías si son bromas.

—No te mosquees, tronco.

—Me mosqueo porque no me tienen ningún respeto.

—Cuando hagas los mismos trucos que ellos, te ganarás su respeto.

—¡Será que entreno poco..!

—Pues entrena más.

—¡Qué rico! Tú no tienes ningún problema, que te salen los movimientos sin entrenar...

Pero Roger tenía razón. Yo había hecho una entrada de artista, montado en una tabla vacilona que no me correspondía, y me había merecido ese mal ambiente; pero todos mis males se arreglarían si aprendía a tirar de *skate*. Lo tenía que demostrar donde se tiene que demostrar: en la pista.

—Venga, que te ayudo —me animaba Roger—. Si te decides, yo seré tu *manager*.

Con Roger de entrenador, pasé muchas horas en la plaza Joan Miró cuando no estaban los colegas.

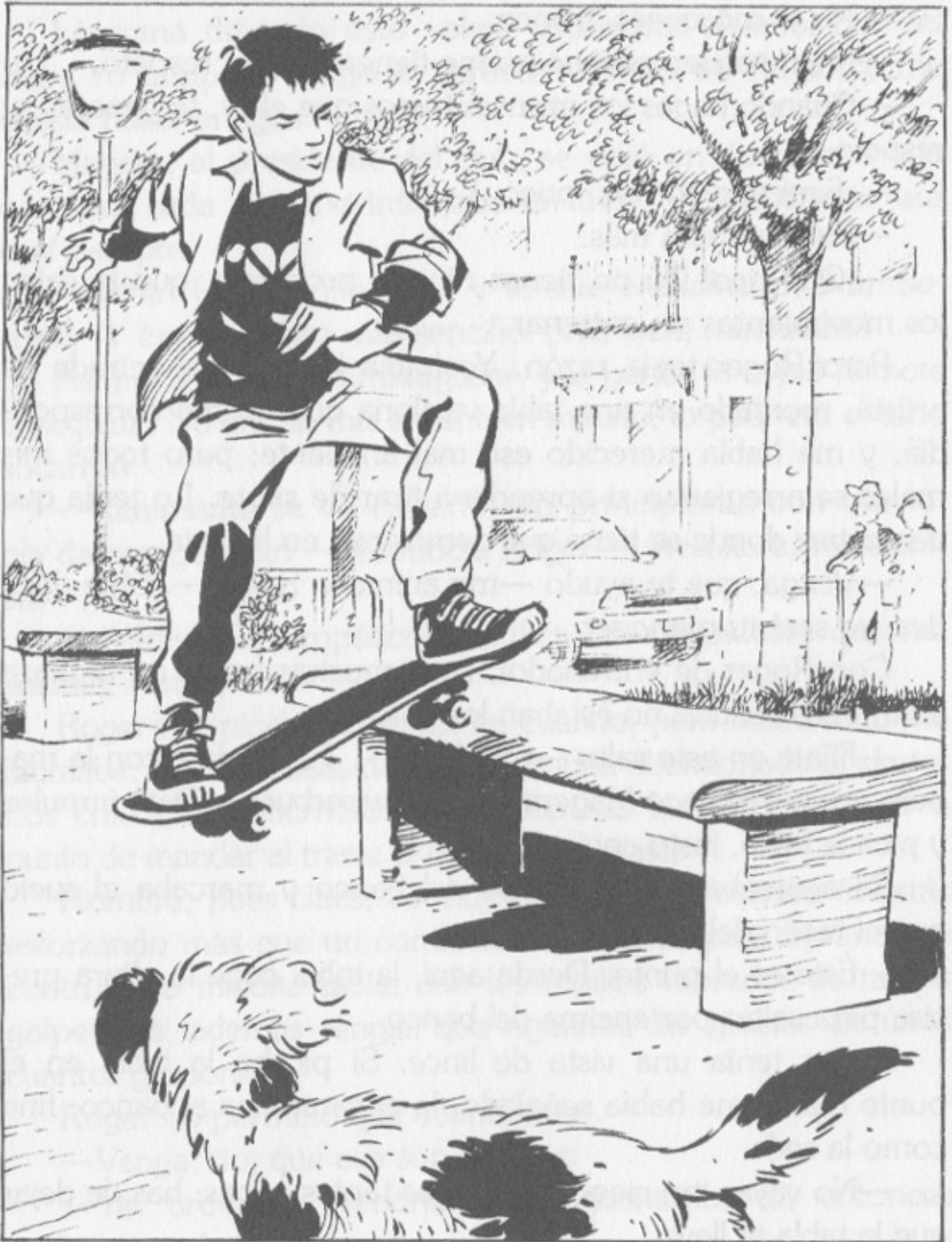
—Fíjate en este salto —me decía—. Tú quédate con la manera en que lo hace Magem, que es superbueno. Date impulso y pica la tabla, justo aquí.

Se acercaba a dos metros del banco y marcaba el suelo con el tacón del zapato.

—Éste es el punto. Desde aquí, la tabla coge la altura precisa para saltar por encima del banco.

Roger tenía una vista de lince. Si picaba la tabla en el punto que él me había señalado, la encaramaba al banco, fina como la seda.

—No vayas tan ciego, no tengas tantas ganas; has de dejar que la tabla te lleve.



Ganas tenía yo, y muchas. A medida que aprendía los movimientos básicos, me superarrepentía de mis anteriores tentaciones de dejar el *skate*. Cada día tenía más ganas de dominar todos los trucos, de ser capaz de hacerlo tan bien como los mejores del club.

Pasábamos tantas horas en la plaza que mi madre encontraba cada día más razones para oponerse al *skate*.

—¿Cuándo estudias, Isern? ¡Sexto no es como el parvulario, que tenías suficiente con ir cada mañana a la escuela!

—¡Estudio todo lo que necesito! Voy a patinar sólo en horas libres.

Y era verdad. Me costaba un vía crucis hacerlo, porque me sentaba delante de los libros y mi cabeza seguía rumiando cómo debía moverme para girar *backside* sin caer. Sin embargo, tenía claro que, si llevaba mal el curso, mi madre me prohibiría el *skate*, con la manía que le había cogido...

Y los profes, igual. Parece que hacían un concurso, a ver quién ponía más deberes para casa. Yo los liquidaba al mediodía, a base de currar como un esclavo patagónico, y conseguía tener la tarde libre.

Por la tarde iba al colé con la tabla, y salía montado directamente hacia la plaza. A esa hora todavía no habían llegado los «compis» del club y podía entrenar a fondo los movimientos más comprometidos, con Roger de *manager*.

Cuando llegaban, siempre tenía un truco más perfeccionado que el día anterior.

—¡Caramba, el *Numberone*, cómo espabila!

Magem seguía sin perdonarme la Santa Cruz, pero se burlaba de mí con otra consideración, no sé cómo explicarlo.

—¡Aún ganará la final de Granollers el *Numberone*!

Él sí que tenía esperanzas de ganar los campeonatos comarcales. Y no lo tenía fácil, en Granollers había una peña de «coleguiquis» que patinaban mogollón, aunque Magem no iba muy por detrás.

Ganas les tenía. Los comarcales se le habían metido entre ceja y ceja.

4. «El skate no es un crimen»

YA no necesitaba transportar la tabla bajo el brazo. Ahora me montaba en ella para ir desde mi casa a la plaza Joan Miró. Iba por la acera, esquivando a los transeúntes con habilidad; era divertido evitarlos con pequeños movimientos de mi cuerpo, a pesar de que algunos de ellos se aturullaban cuando veían que me acercaba, y alguna abuela me chillaba, como si el *skate* fuese un tanque a punto de embestirla.

—¡Anda con cuidado!... —me soltaba Roger, que no acababa de fiarse de mí.

Tampoco se fiaba el guardia que me paró. Era don Cornelio, un municipal remenudo con cara de amargado, que se pasaba la vida metiéndose con los chavales.

—¡Tú, muchacho! ¡Está prohibido patinar por la calle! ¡Con los patines esos, acabaréis provocando un accidente!

Me bajé de prisa de la plancha y la cogí con mis dos manos, temiendo que me la quisiese coger. Roger no se asustó como yo.

—¿Por qué te chilla? Ibas por la acera, no molestabas a los coches...

Era cierto, y lo habría pensado de no impresionarme tanto los uniformes. No lo puedo remediar, cuando la autoridad me

grita, jamás pienso si tengo razón; me asusto como si siempre fuese culpable.

—Cuida que no te vuelva a ver, porque te voy a requisar el monopatín. Quedas advertido.

—Si no te bajas a la calzada, no tiene derecho a quitártelo —insistió Roger.

Tenía tanta razón que me decidí a replicar al guardia.

—Por ahí, por la acera, no molesto a los coches —con un hilillo de voz, con la tabla bien agarrada y listo para echar a correr.

—¡Por ningún sitio te quiero ver patinar! Ya os conozco a la panda del monopatín, y sé que acabáis bajando a la calzada. ¡Que no te vuelva a ver montado!

—Pero, ¿qué mal hago por ahí arriba? —ahora más fuerte.

—¿Oído? Si quieres patinar, te vas a la plaza Joan Miró, y se acabó. Y no me pongas esa cara, que aún tenéis la suerte de que el Ayuntamiento os permita patinar allí. Si de mí dependiera, prohibía todos los patines.

No me atreví a hablarle más. Caminé al lado de Roger hasta la plaza, comentando que no era justa la manera de tratar a los chicos que tenía don Cornelio. El tío abusaba del uniforme.

Le conté el incidente a la cuadrilla, y los puse de mal humor.

—¡Don Cornelio había de ser! ¡No nos puede sufrir!

—Que no es sólo él. Ningún «munipa» puede vernos. Tienen declarada la guerra contra los *skaters* en todas partes —Oriol Quintana se relacionaba con el ambiente *fun* del Vallès.

«monos» te meten una multa si te pillan patinando por la calle —Magem también había corrido mundo con la tabla.

—Pues en Mollet te llevaban a la comisaría el año pasado —con las muñecas unidas como si andara esposado, la figura rechoncha de Oriol parecía lista para el matadero.

—Eso sería cuando molestabas a la circulación de los coches... Pero yo iba por la acera, y me ha regañado lo mismo.

—El motivo no son los coches. No les gusta el ambiente *skate*: ni las bermudas de colores, ni las gorras con la visera vuelta sobre la nuca, ni las camisetas Simpson, ni los deportivos desatados. No nos soportan. El patín es la excusa; lo cierto es que son unos carrozas que desearían exterminar el ambiente juvenil. Conocéis el eslogan internacional de los *skaters*, ¿verdad?; «El *skate* no es un crimen», y se hizo para denunciar el modo como los guardias nos persiguen. Como si se tratara de delincuentes, oye, porque queremos practicar un deporte.

El mitin nos dejó mudos. Oriol se relacionaba con el movimiento *hip-hop*, esos chavales que se dedican a firmar con *sprays* por las paredes, y se había escapado de los «munipas», por los pelos, un montón de veces.

—¡Sobra policía, falta diversión! —concluyó.

—Pues yo no les hago caso a los sermones de los «monos». Yo no cargo con el patín; me vengo patinando, y vigilo. Cuando me calo un guardia, giro por otra calle y santas pascuas.

Me habría gustado ser como Magem, pasar así de los guardias, pero me asustaban demasiado; además, tampoco veía

bien causar problemas a la circulación. Roger opinaba de otra forma.

—Hazte la pregunta contraria: ¿ves bien que los coches le causen problemas de circulación a los monopatines?

—Tío... —me eché a reír.

—¿Qué es lo que te extraña? ¡A ver por qué los coches han de tener preferencia! Las personas somos más importantes que los vehículos.

—También van personas en los coches...

—Bueno, pues tú tienes tanto derecho como ellas. Lo que pasa es que los municipales no reconocen tus derechos.

El domingo por la mañana me encontré a todo el club ante la papelería de Isi, hojeando el último tebeo de los Simpson. Los chavales habían ido coincidiendo camino de la plaza.

—Creo que ya estamos todos. Hala, vámonos a patinar —lo decidió Magem, como capitán.

Con toda naturalidad, nos montamos en los patines. Podíamos hacerlo, a esa hora no había tráfico.

Y, con igual naturalidad, empezamos a buscar el lucimiento: a «grindar» los bordes de las aceras, a subirnos a los bancos de la plaza de la Fuente... La competencia de siempre, a ver quién la formaba más guapa.

Tan entretenidos estábamos que no vimos al guardia hasta que tropezamos con él

en la esquina de Jacinto Verdaguer. ¡Mala suerte!

Don Cornelio se alegró tanto de atraparnos como si le hubiese tocado el gordo de Navidad. Los ojos le hacían chiribitas de gozo y el bigotillo le temblaba, excitado, bajo la nariz.

—¡Quietos todos! ¡Ya os había avisado de que está prohibido patinar por la calle! Ahora os requiso los monopatines.

Fue tal nuestra sorpresa que no atinamos a echar a correr. Estalló un coro de quejas:

—Pero si no pasaba un solo coche, guardia. ¡No molestábamos a nadie!

—Da igual que no pasen coches. Hay que cumplir las normas —arrancó la tabla de las manos de Selena Ventalló, la única chica del club; con ella se atrevió antes.

Los demás reculamos un paso, protegiendo nuestras planchas.

—¡Devuélvame el monopatín, don Cornelio, que mi padre me la va a armar si lo pierdo...! —Selena estaba desconsolada. Había ahorrado durante seis meses para comprarse la tabla.

—Eso quiero yo, que vuestros padres os la armen. A ver si así dejáis de patinar por la calle.

—No hay derecho. No hacíamos daño a nadie.

—¿Vosotros me vais a decir cuándo hay derecho y cuándo no?

Disfrutaba enfadándose con nosotros, pero ya nos habíamos recuperado de la sorpresa.

—No es justo que le quite la plancha. Selena no ha hecho nada malo.

—¡Vengan acá los patines! ¿Es que no me habéis oído?

No teníamos ninguna gana de dárselos, y él lo tenía difícil para cogérselos. Patinando, corríamos más que él corriendo. Pero seguimos discutiendo, listos para salir zumbando.

—Ya no patinaremos más, guardia. Devuélvale la tabla.

El frenazo del Land Rover municipal, detrás de nosotros, nos dejó entre la espada y la pared.

—¿Qué sucede aquí?

No hacía falta que lo preguntaran, bien claro estaba. Tan claro que los dos guardias bajaron del coche con un movimiento envolvente.



—¡Quitadles los patines! Esta banda corría por en medio de la calle, y todos estaban advertidos de que eso es un delito.

La mayoría aún habría podido huir. Nos cambiamos una mirada de interrogación, pero se impuso la solidaridad *skate*. No íbamos a dejar que detuvieran a dos o tres; la gente *fun* jamás abandona a los compañeros.

Los guardias recogieron nuestras tablas sin encontrar resistencia. Y date cuenta de que, para un *skater*, perder la plancha es peor que perder un brazo.

Acompañamos hasta el Ayuntamiento al coche cargado con nuestro tesoro. En un primer momento andábamos mohínos, como fantasmas abatidos por la catástrofe; luego, Oriol empezó a gritar eslógans y aquello se transformó en una minimanifestación.

—¡El *skate* no es un crimen!

—¡Tenemos derecho a patinar!

—¡Los jóvenes también tenemos derechos!

Lo cierto era que los guardias no nos hacían caso.

—No arméis escándalo, que aún os la podéis cargar más —pero no mostraban intención alguna de bajar del coche a detenernos.

—¡El *skate* no es un crimen!

Hasta lo decíamos en inglés:

—*Skate isn't a crime!*

Los municipales guardaron nuestras tablas en el cuerpo de guardia, y nosotros seguimos en la puerta con la manifestación.

—¡Tenemos derecho a patinar!

—¡Devolvednos las planchas!

La gente que pasaba nos oía gritar y se reía, ya ves qué gracia. Don Cornelio asomó la nariz para darnos el último aviso:

—Los patines se quedan ahí hasta que vengan vuestros padres.

—¡Mierda! ¡Nuestros padres!

Antes podía habernos hablado de un terremoto. Algunos temían más molestar a sus padres que sentir temblar la tierra. Pero no nos quedó otro remedio que telefonarlos.

Vinieron, escucharon el sermón de los guardias, y aún les dieron la razón.

¿No te jeringa? ¡El *skate* no es un crimen! Nos estaban aplicando una ley municipal injusta, y nuestros propios padres daban la razón a los policías.

—Pero si no hacíamos nada...

—¡Cállate, y aprende a obedecer las órdenes de los guardias!

Tengo que decir que mi madre fue de los pocos que se portaron medio bien. Mira que le tenía manía al monopatín que me regalaron los abuelos... Pues lo defendió ante los «munipas».

—Estos chicos necesitan hacer deporte. Peor sería que se drogasen o que robasen los coches aparcados.

Don Cornelio se le encaró:

—¡Por ese camino van, señora! ¿Encuentra usted bonita la manera como van vestidos, con esos pantalones hasta media pierna y esas gorras? Vigile a su hijo, que muchos delincuentes empezaron así.

Me dio una rabia horrorosa tener que escuchar aquellas mentiras. El tío hablaba por hablar, por la ojeriza que nos había cogido. Era seguro que no conocía ni a un solo delincuente que hubiese comenzado su carrera patinando. Los criminales no se dedican al deporte, y menos todavía al *skate*.

Pero incluso mi madre me atravesó con la mirada cuando le dijeron la multa que debía pagar para rescatar mi tabla. Aquellos salvajes le pidieron mil «pelas»; total, por no haber hecho nada malo.

—La multa ha sido pequeña por ser la primera vez —tuvo el morro de comentar el sargento—. La próxima, será el triple, por reincidencia.

5. Aprender, ¡uf!

ROGER lo dijo en plan de broma.

—Si ganases los campeonatos comarcales, Magem tendría que tragarse crudas todas las gracias que te dedica. ¡Glu-up! ¡Glu-up!

—¡Ostras! —soñé yo, imaginando la cara del presidente del club cuando me viera alzar la copa anhelada. Pero, tras un instante de ilusión, ya con los pies en el suelo, suspiré—. Bueno, sólo me queda entrenarme durante un año para llegar al nivel de Magem... Al nivel que Magem tiene ahora.

—Sí, naturalmente.

Después de un rato, Roger añadió:

—Todo depende de cómo te entrenes. Al ritmo que llevas, progresarás el doble que él...

—... Pero yo llevo tres semanas con el *skate*, y él más de un año. No lo igualaré antes de dos años.

—Todo depende de cómo te entrenes —insistió.

No me volvió a hablar de ello hasta la semana siguiente. Mientras tanto, ya había rumiado algunos detalles.

—¿Cuáles son los músculos que te obliga a trabajar el *skate*? Tuve que discurrir.

—Estos de los tobillos, los gemelos... y los de los muslos.

—¿Cuáles, exactamente?

Tuve que patinar un rato para identificarlos.

—Estos de delante... —no sabía cómo se llamaban—, y también los que suben por el interior de la pierna.

—Hay más. ¿Recuerdas las agujetas de los primeros días?

Las había tenido, aunque no en las piernas, sino en la cintura.

—¡Claro, la cintura trabaja mucho cuando haces una rampa!

—¿Y los brazos?

—No, no hacen fuerza... Bueno, sí que la hacen, para equilibrar el cuerpo... y cuando tomas impulso para saltar. Sí que se fuerzan.

—Si hicieses gimnasia con estos músculos, progresarías a toda máquina.

—¡Pero la gimnasia es un rollo aburridísimo!

El gimnasio municipal estaba orientado a los deportes tradicionales y a la musculación de los figurines. Los chavales no íbamos.

—Pues montemos nuestro propio gimnasio. No es tan difícil.

Dicho así no lo era. Parecía facilísimo; sin embargo, yo no acababa de ver cómo podíamos construir aparatos gimnásticos.

—Venga, tío rollo, si es la mar de sencillo. Los podemos hacer con dos tablas y cuatro cuerdas —una vez más, Roger se arrancaba decidido.

Tenía razón: los aparatos que yo necesitaba no eran nada difíciles. Me daba pereza ponerme a construirlos, porque siempre había evitado las complicaciones.

—Hemos de comprar tablas y cuerdas, y nos saldrá muy caro —intenté disuadirlo.

—¡Qué va! ¿Cuánto pueden costar cuatro tablones? Veamos de cuánto disponemos.

Hurgamos en las huchas, y teníamos ocho mil pesetas entre los dos.

—Demasiado, tío. Tenemos de sobra.

Nos pusimos a dibujar los aparatos. Y, ¿a qué parece fácil?, pues emborronamos más de cincuenta folios antes de conseguir unos diseños aceptables.

Los primeros mecanismos que ideamos servían de bien poco.

—Mira, éste es para ejercitar los músculos de los tobillos —y le enseñé a Roger una especie de pedal con un contrapeso atado con cuerdas.

—Calma, calma. Explícame cómo tiene que funcionar —no se fiaba—. Trae algo de madera, que lo probaremos.

Reunimos los mangos de las escobas viejas de mi madre y los atamos tal como estaban en el dibujo. Al hacer los aparatos, siempre aparecían un montón de inconvenientes con los que no habíamos contado antes.

—Nada, «colegui». ¡Así no chuta ni de chiripa!

—Espera. A ver, esto tenía que funcionar... —me daba rabia que los diseños no resultasen. ¡Con el miramiento con que los hacía!—. ¡Ah, es el encaje! Las tablas no pueden moverse porque están mal ajustadas.

—¿Seguro que es eso?

—Sí, tío, que sí. Fíjate, lo tenemos que cambiar. Habría que hacerlo así... —modificaba el dibujo, y resultaba un follón de garabatos que no dejaba ver nada.

—Dibújalo otra vez.

Hala, lo volvía a dibujar. Maldecía, renegaba y me autodedicaba toda clase de insultos por dejarme complicar la vida con las ideas de Roger, pero dibujaba el aparato con el encaje de las tablas modificado.

—Mira, ahora tiene que funcionar. ¿Lo ves?

—Vamos a probarlo.

Desatábamos los palos de escoba y los encajábamos de la nueva manera. Y casi funcionaba. Casi.

—¡Claro, es que el contrapeso no tiene retorno! ¡Qué burros somos!

—¿Cómo dices? ¿Cómo dices que tiene que ir?

—Sí, hombre... —papel nuevo, dibujo nuevo, maldiciones nuevas, atar de nuevo las escobas...

—¡Ahora! ¿Ves? Ya te lo decía yo: el pie tiene que hacer fuerza para vencer el contrapeso, ¿no lo ves? Y los músculos que trabajan son los de los tobillos, ¿te das cuenta? ¡Si estaba clarísimo!

Sí, al final funcionaba. Más o menos. Ya veríamos cuando lo construyéramos con tablas de verdad, pero, de momento, funcionaba. Es decir: un éxito. La mundial.

Las tablas y las cuerdas que compramos prácticamente nos habían rebañado las

ocho mil cucas que teníamos, pero los aparatos chutaron. La primera semana los pillé con tanto entusiasmo que me volvieron las agujetas, ahora fastuosamente repartidas por todo el cuerpo. Sin embargo, notaba que los músculos se reforzaban.

—Deberías aprender trucos nuevos; unos trucos que no estén vistos —Roger no cerraba el grifo de las ideas luminosas ni por asomo.

—Y, ¿de dónde los saco? ¿Me los invento?

—No hace falta, ya están inventados. Habrá libros que los expliquen.

El fondo que nos quedaba para comprar libros de skate ascendía a ciento sesenta y cinco pesetillas.

—Tienes razón —coincidí—, habrá libros que los expliquen...

Pero Roger era un ocurrente hombre de mundo.

—¿Y en la biblioteca? ¿Para qué hay en Montornès una biblioteca pública?

Fuimos a curiosear. En la biblioteca pública no había ni un solo libro de *skating*. De historia de las ideas estéticas, sí que encontramos; de cálculo administrativo, también; pero de *skating* nada, ni uno. Chico, si no lo veo, no lo creo.

Doña Joaquina, la bibliotecaria, acabó de rematarlo:

—¿Qué libro buscas, chiquillo?

—Nada, nada —salí huyendo hacia la calle.

—Si necesitas algún libro que no tengamos, lo podemos pedir —lo oí mientras la puerta se cerraba.

Nos arrastramos hasta la plaza Joan Miró, chafados.

—¿Y si se lo pedimos? —Roger era un optimista sin salvación.

—¡Sí, hombre, un libro de *skating*! Pide un peñazo de filosofía y verás cómo te lo trae, ¡pero un libro de *skating*...!

—¿Y si probamos? El no ya lo tenemos...

Roger, cuando se le atraviesa una idea, es más pesado que trece ballenas antárticas.

—¿Y si probamos?

—¡Prueba tú, plomo, si es lo que quieres! ¡Ya verás qué te contesta doña Joaquina!

—No, lo tienes que pedir tú. El libro es para ti.

—Qué rollo, tío.

Pero fui. Al final fui, aunque me avergüenza decirlo, le hice caso.

—¿Qué libro dices que te interesa? —me taladraron las gafas de la bibliotecaria.

Yo no conocía ni un título.

—Pues no lo sé. Uno que trate de *skating*, tiene que haber la tira.

—Que trate de ¿qué? —apoyó su considerable humanidad en el mostrador.

—De... de *skating*, de monopatín, de patinar... —le hice una demostración mímica de lo que queríamos decir.

—¿Y para la escuela te hace falta eso del monopatín?

No me hacía falta para la escuela.

Salimos de la biblioteca como dos fantasmas. Yo más, que había hecho el papelón. Hasta la plaza Joan Miró no paré de llamar burro a Roger. Por burro.

Y, al cabo de tres semanas, cuando ya no recordaba la escena dichosa, me encontré a doña Joaquina por la calle.

—¡Niño! ¡Eh, niño, ven! Ya tengo el libro que necesitabas.

—No era para la escuela —volví a confesar, en un pronto de honradez.

—Ya lo supongo. Pero los libros son útiles para cubrir muchas necesidades diferentes. Pasa a verlo cuando quieras.



Llegué a la biblioteca antes que ella. ¡Qué libro! *Skate manía* era el Premio Nobel de los libros sobre *skating*. Reventaba de fotos de campeones norteamericanos haciendo trucos de todas las clases, desde los más fáciles a los más salvajes, y al

lado te explicaban el nombre, cómo se debía hacer la sucesión de movimientos, cómo había que bascular el peso del cuerpo en cada momento... Roger y yo flipamos por un tubo de oleoducto.

—¿Me lo puedo llevar a casa? —pregunté a la bibliotecaria cuando, mil horas más tarde, fui capaz de hablar.

—Éste no. Es para consulta, cualquier niño puede venir a mirarlo.

—Estaría bien que hiciésemos fotocopias de cada truco, para estudiarlos en casa —pensó Roger.

—¿Puedo hacer fotocopias?

—Sí, claro. Son diez pesetas cada una.

Diez fortunas cada una. Teníamos para dieciséis fotocopias y media, y queríamos hacer más de trescientas.

—Dibujémoslos —sugirió «*mister Ideas*». Y yo, tonto de mí, me dejé convencer.

Aquello no se acababa nunca. Cada tarde pasábamos un par de horas en la biblioteca, copiando las figuras y las explicaciones de cada truco hasta que los dedos se nos torcían; después, íbamos a la plaza Joan Miró a patinar un rato.

Y, encima, por las noches me tocaba hacer gimnasia con los aparatos que habíamos construido, y correr un rato por la montaña, y estudiar las figuras dibujadas.

—Caray, el *Numberone*, cómo aprende —dijo Magem la primera vez que me vio hacer un truco que él no conocía—. ¿De dónde lo has sacado?

—Si tú supieras... —dije, tan flojito que sólo me escuchó Roger.

6. El accidente

EL incremento de mis habilidades de *skater* provocó un cambio en la actitud de los colegas, tal como Roger había pronosticado.

Magem continuaba pinchándome, pero ahora me resultaba fácil convivir con él.

Alguna vez lo encontré ensayando las figuras que yo sacaba del libro. No las entrenaba en la plaza Joan Miró porque se avergonzaba de fallar en los trucos que ya sabía ese *Numberone* al que tanto había ridiculizado; al mediodía se iba a las calles del barrio del Castillo, donde pensaba que no lo descubriríamos, y allí ejercitaba los movimientos que me había visto hacer.

Por la tarde venía a la plaza y exhibía las destrezas aprendidas. sin darle importancia, como si los sacase a la primera.

El cambio de actitud de los otros socios fue más claro. Sobre todo en Lolo Pubill, que competía con Magem por el primer lugar del club.

Era muy orgulloso, como buen gitano, y llevaba mal el exceso de protagonismo del presidente del club.

Lolo hacía un *skate* simple, de apenas técnica, pero tenía una agilidad que lo compensaba de sobra. Se montaba los trucos de manera poco académica, aunque conseguía unos

resultados comparables a los de Magem, para quien era un rival preocupante de cara a los campeonatos comarcales.

En suma, Lolo se puso de mi parte ya antes de que las provocaciones de Magem se aguaran. Me enseñó la manera de vencer el miedo ante los trucos nuevos, me defendió frente a los compañeros que le hacían el juego a Magem, y celebró conmigo los entrenamientos clandestinos del presidente del club.

También Oriol Quintana se distanció de las manías de Magem, pero por otro motivo: Oriol flipaba con las virguerías del *skate* y habría adorado a cualquiera que le enseñase un truco nuevo. Y yo tenía una hipercarretada de reserva.

En general, las relaciones mejoraron con todos los socios; incluso los que todavía le reían las bromitas al presidente me aceptaban ya, de hecho, como un compañero normal.

Y, cuando mejor ambiente había en la plaza Joan Miró, Lolo tuvo el accidente.

El chaval venía patinando desde casa, como hacíamos la mayoría, con más o menos precaución, a pesar de la multa municipal, y lo pilló un coche que cruzó a lo loco. Lo dejó hecho un cromo: la pierna derecha rota, tres costillas resquebrajadas y una conmoción *extra king size*.

Selena Ventalló lo vio cuando la ambulancia se lo llevaba, y nos lo contó hecha un escalofrío de tanto como le temblaban las piernas.

—¡El coche tuvo la culpa! Lolo iba por la calzada, pegadito a los coches aparcados, y va el otro, el animal, y le sale de la esquina como un loco. Pobre Lolo...

Aquella tarde, ninguno de nosotros patinó. Tumbados en las escaleras de la plaza,

nos apetecía más pensar que movernos.

El domingo, Lolo ya estaba en casa, y fuimos a verlo. Su madre nos sacó unos pastelillos de película, ¡mmmmm!, que volaron en tres segundos, y eso que había una pila. El chaval estuvo magnífico, animado, gastándonos bromas a nosotros, que nos sentíamos cortadísimos; pero, si lo observabas bien, te percatabas de la tristeza que le corría por dentro. Tenía para cuarenta días de yeso, por lo menos, y otros dos o tres meses para recuperar los movimientos. No estaría en forma hasta bien entrado el verano, es decir, adiós muy buenas a los campeonatos comarcales.

Era inevitable que acabáramos hablando de la necesidad de una pista de *skate* en Montornès.

—Si hubiésemos tenido una pista, no habrían atropellado a Lolo —Magem resumió el sentimiento de todos.

Lo que decía no se ajustaba del todo a la realidad, porque habían atropellado a Lolo cuando iba de camino a la plaza Joan Miró; sin embargo, era cierto que una pista ayudaría a evitar accidentes. Y nosotros la necesitábamos para entrenar en condiciones.

—Ya hay pistas en todos los pueblos: en Granollers, en Mollet, en... —no sabía más— en todas partes. ¡Y, en Montornès, con lo grande que es, nos tenemos que fastidiar! —Magem estaba quemado.

—¿Y por qué no nos la hacen? —quiso saber Selena.

—¡Puff! ¡Con este Ayuntamiento sinvergüenza que tenemos...! Dice mi padre que son unos chorizos que sólo sirven para chupar de los impuestos.

Roger me dio con el codo, y eso me hizo recordar.

—Tal vez si pudiéramos que nos hiciesen una pista...

—¡Qué dices, hombre! ¡Pedirle una cosa así a ese alcalde!

El padre de Magem había sido concejal del Ayuntamiento, y el hijo también vivía la política. Hablarle del alcalde actual era como mentarle a Pedro Botero.

—Bueno, es una necesidad que tenemos, ¿no? Eso puede entenderlo.

—¡No nos hará ni caso! ¿No ves que nosotros todavía no votamos?

Pero yo recordaba la historia del libro de la biblioteca. Les conté mi secreto.

—... También estaba seguro de que la biblioteca no compraría libros de *skating*. Sin embargo, los compró. Quizá ahora pase lo mismo...

Dicen que la esperanza se contagia. Oriol y Lolo me apoyaron.

—Pues intentémoslo, ¿no?

—No nos cuesta nada.

Magem se negaba como si le estuviésemos metiendo en las calderas del infierno.

—No tenéis ni idea de nada. Los de este Ayuntamiento son unos desgraciados, no hay nada que rascar; si les pedimos una pista de *skate*, se reirán de nosotros.

La opinión de Lolo fue decisiva. Él era el accidentado y a él le correspondía la última palabra en el asunto.

—¡Corta ya, rollo! ¿Qué nos cuesta intentarlo? Isern, ¿qué hay que hacer para

pedírselo al alcalde?

—Se le solicita una audiencia, supongo, y...

—No se llama audiencia, animal de bellota. Las audiencias las dan los reyes.

—Pues una entrevista...

—¡Eso es periodismo!

—Pues una reunión, o una conferencia, o como se llame. ¡Qué sé yo!

—¡Que no sacaréis nada, tontainas! —Magem no se rendía.

—¿Y cómo se pide la... la reunión?

Oriol sabía algo, por la asociación de vecinos de su barrio.

—Se llama al Ayuntamiento, se pide hora para hablar con el señor alcalde... Y ya está, te la dan.

—¿Así de fácil?

—Así.

—Bien. ¿Quién llama al Ayuntamiento?

Todos los ojos se centraron en el presidente del club. Magem pegó un brinco.

—¡No os lo creéis ni hartos de vino! Yo no voy a hablar con ese tío.

—Si eres el presidente, te corresponde.

—¡Qué dices! ¿No ha tenido la idea el *Numberone*? Pues que vaya él.

La propuesta les pareció bien a todos, excepto a mí.

—No me compliquéis la vida, que yo no sé...

—Ah, pues sí. Tú sabes manejarte con bibliotecarias y cosas así. Debes ir — coincidieron todos.

Se me oía chirriar; siempre había evitado complicarme la vida.

—¡No! No, yo no voy. No. Yo no sé cómo se le tiene que hablar a un alcalde. Yo no voy.

—Es muy sencillo —apuntó Roger—. Tú sólo tienes que decir: «Señor alcalde, los *skaters* de Montornès necesitamos

una pista para que los coches no nos vuelvan a atropellan". Con eso basta.

—Vamos, Isern, seguro que sales bien parado —Lolo me otorgó su confianza.

—Tú, ponle jeta, *Numberone*, que te sobra, y no te preocupes —incluso Magem me animaba, él que había estado en contra de la entrevista.

—¿Ponerle jeta yo? ¡Si soy un cagado! —Busqué una excusa para, a la desesperada, escudarme—: Iré si me acompaña el presidente del club.

—Que no, que yo no voy a hablar con ese sinvergüenza. Ya os lo he dicho — volvió a cerrarse a la banda.

—Yo me apuntaría, si me pudiera levantar de la cama —se ofreció Lolo. Eso me rompió el corazón.

—Está bien. Pero que se apunte alguien más. Formemos una comisión.

—Venga, te acompaño —se sumaron, a la vez, Oriol y Roger.

Fue superfácil conseguir hora con el alcalde. Nos la concedió a la primera llamada, para quince días después. Con esa sencillez.

Yo no sabía si teníamos que emperejilarnos para la audiencia.

—¡Qué dices, hombre! —Roger me lo quitó de la cabeza—. Precisamente, debemos ir vestidos de *skaters*. Con rodilleras, botas de patinar y la gorra vuelta sobre el cogote. ¡De uniforme!

Se lo propuse al club, y me aplaudieron.

—¡Qué fuerte! ¡Que el alcalde vea quiénes somos!



A esas alturas, pienso que Magem se arrepentía de no presidir la comisión, pero ahora no podía apearse del burro.

La entrevista con el alcalde fue superbién. El excelentísimo incluso se levantó del despacho para recibirnos, nos examinó las gorras y nos hizo preguntas sobre el equipo de seguridad de los *skaters*.

Cuando enfocamos el tema de las pistas, nos dijo que, después del accidente de Manuel Pubill, esperaba que fuésemos a pedírselas, y, como si hiciese un juego de manos, desplegó sobre la mesa los planos del proyecto municipal para construir pistas de *skate* en el polideportivo.

Se nos abrieron unas bocas de hectómetro, a Oriol y a mí. Quiero decir a los tres, contando a Roger. Había una *half pipe* y un *semi-half* para los principiantes, tres *pulís*, dos de ellos conectados; un *wall ride*; un *fun box* con tres *banks* y un *spine*, y dos *handrails*. ¡Un alucine total!

El alcalde indicaba las pistas una a una, entreteniéndose en la explicación; se notaba que disfrutaba con la sorpresa que nos había dado.

Y nosotros flipábamos como lagartijas lila. Yo creo que tuvieron que repetir los planos, de la cantidad de baba que se nos cayó. Salimos del Ayuntamiento con los ojos haciéndonos «bip-bip», como a las serpientes hipnotizadoras de los dibujos animados.

7. La fiesta de inauguración

EL alcalde programó la inauguración de las pistas para el día de San Jorge, muy poco antes de los campeonatos comarcales, y no hubo manera de hacerle adelantar la puñetera fecha.

Las pruebas eran a mediados de mayo, y apenas nos quedarían tres tristes semanas para entrenar a fondo, es decir, que los *pipes* y los *pulís* rutilantes nos servirían bastante menos de lo previsto.

Finalmente, después de llorar al alcalde como cocodrilos egipcios, le arrancamos el permiso para usar las pistas antes de la inauguración oficial. Ganábamos unos diez o quince días, era mejor que nada.

Vigilamos las obras con más atención que el aparejador municipal. Nos sabíamos los planos de memoria y estábamos decididos a tener unas pistas de buten, y no como las de Granollers, que se les picó el cemento a los dos meses de inauguradas.

Tuvimos entrada libre porque el capataz era tío de Oriol, y no le importaba vernos curiosear.

Las visitábamos al mediodía y por la tarde, a la salida del colé, y nos metíamos con los albañiles.

—A ver si hacéis las pistas bien, que tendremos que patinar ahí durante muchos años. ¡Han de quedar fuertes!

Ellos se reían.

—Esto parece un campo de concentración: en lugar de un capataz, ahora tenemos quince. Hay más vigilantes que albañiles.

Les iba el cachondeo, y nos prepararon dos bromas sonadas.

Un día nos invitaron a currar de peones.

—Eh, ¿queréis que las pistas estén a tiempo? Pues hala, ayudadnos, que vamos con retraso.

Nos apuntamos con entusiasmo. Participar físicamente en la construcción de las pistas soñadas era mayor felicidad de la que podíamos esperar. Nos pusieron a acarrear ladrillos hasta la pared del y allí desfiló el club al completo, como una hilera de hormigas, desde el contenedor hasta la pared. Al principio los llevábamos de dos en dos. pero pronto nos cargaron tres, y cuatro, y más todavía.

Íbamos rendidos, con los brazos extenuados por un trabajo al que no estaban acostumbrados, pero los albañiles no nos daban tregua:

—¡Qué enclenques crecéis ahora...!

—¡Huy. cuando yo comencé de aprendiz! El primer día ya cargaba seis y siete ladrillos en cada viaje. ¡Y tan pancho! —y nos apilaban otro par sobre el montón que nos hacía tambalear.

—Alto, un momento. Quizá los ladrillos tengan el tacto demasiado áspero y os duelan las manos. Acompañadme a cargar sacos, que son de mejor coger.

Los sacos de veinticinco kilos nos parecieron pesados como montañas. Los

cargamos a dos por saco, porque voluntad no nos faltaba, pero se nos escapaban de las manos fatigadas. Los dedos se nos acalambaban, parecían salchichas insensibles, no podíamos doblarlos ni estirarlos a voluntad.

—Ahora me piden de los de allí. Venid conmigo.

Eran sacos de cincuenta kilos, y nos acercamos a ellos como condenados a muerte. No pude evitarlo: se me saltaron las lágrimas, de tan cansado como me sentía, y, anda la osa, mi llanto hizo reír a los currantes.

—Míralo cómo llora. Esos hijos únicos son todos unos mimaditos.

Reían demasiado fuerte. Y entonces nos dimos cuenta de que se habían burlado de nosotros. Mientras los chavales nos esforzábamos en vencer el cansancio que nos rendía, ellos procuraban reventarnos, exigiéndonos un esfuerzo superior al que podíamos soportar.

El otro chasco fue peor. Dos albañiles que conocían a Magem le avisaron de que las obras saldrían defectuosas, porque el capataz les obligaba a mezclar más arena de la cuenta, en compensación del cemento que robaba cada noche para construirse su propio chalé.

—Viene con una furgoneta, a las dos o las tres de la madrugada, y se lleva una pila de sacos para su obra.

Era cierto que se estaba haciendo un chalé, en el barrio de Viñas Viejas, cerca de mi casa.

Magem quería denunciarlo inmediatamente ante la Guardia Civil, pero Oriol se negó a creer la acusación. Defendió la honradez de su tío, y Lolo le apoyó.

—A mi padre le pasó un caso parecido. Vosotros sabéis que hay racistas que creen que todos los gitanos nos dedicamos a robar... Pues acusaron a mi padre de pillar cables de cobre en la fábrica donde trabajaba, y le iban a echar a la calle. Hasta que se descubrió que el mangante era otro, y la empresa tuvo que pedirle disculpas por las falsas acusaciones. ¿Lo veis? Si mi padre hubiese sido tan codicioso como imaginaban, los habría denunciado por difamación y les habría sacado una pasta.

—Vale. Pero algo tenemos que hacer. Si no, estas pistas saldrán tan mal hechas como las de Granollers.

Oriol nos propuso hablar francamente con su tío y escuchar su versión de los hechos; sin embargo, decidimos comprobar el delito antes de tomar ninguna medida.

Una tarde, con disimulo y aprovechando los momentos en que el capataz no nos miraba, contamos los sacos de cemento de todos los montones, y, pasada la medianoche, nos escapamos de nuestras casas para espiar la llegada de la furgoneta.

No llegó. Nos tiramos la noche entera de guardia, chupando frío, y nadie se acercó por la obra. Posiblemente nos habíamos equivocado de noche.

Al día siguiente, en el colé, no nos teníamos despiertos. Me dormí en las clases de «mates» y de sociales, y me gané una bronca de cada «profe» y un puñado de deberes extra. Justamente lo que me faltaba.

A pesar de todo, a mediodía fuimos a la obra y preguntamos a los albañiles si

faltaba cemento. Vigilaron que el capataz no les escuchara y, bajando la voz, nos informaron:

—Falta en cantidad.

—Esa pila, ayer, era el doble de alta, y eso que hoy no llevamos gastados más de diez sacos. Carlos, ¿verdad que no hemos usado ni diez sacos?

—Ocho, y gracias.

—Ahí lo veis, ni a diez llegan. El resto ha volado por la noche.

La cara de Oriol se había encendido como una granada.

—No es cierto, ayer contamos el cemento de la obra, y esta pila era tan alta como ahora. Había los mismos sacos que hoy; ni siquiera es verdad que hayáis gastado ocho sacos.

Los albañiles soltaron el trapo y nos explicaron que se trataba de una broma. El capataz era un hombre íntegro que jamás se había llevado ni medio kilito de cemento para apañar un agujero de la pared de su casa.

Una broma. Querían ver si mareábamos al Ayuntamiento con falsas denuncias.

Oriol les soltó pestes a la cara, pero acabamos riéndonos todos de la burla. No lo habían hecho con mala intención; nos habían gastado las bromas por su carácter lanzado, no porque nos tuvieran manía ni nada. De hecho, incluso les divertía vemos entre los montones de sacos, vestidos de *skaters*, y escuchar el entusiasmo con que discutíamos la dificultad de cada pista.

Creo que los albañiles disfrutaban sabiendo que su trabajo se valoraba tanto.

Yo vigilaba las obras con los demás, pero no aflojaba ni gota mi plan de entrenamiento. Al contrario, ahora que le había cogido gusto al esfuerzo físico, me lo pasaba pipa corriendo por la montaña y aumentando día a día la intensidad de mis ejercicios; poquito a poco, ya nos entendemos, para que

mis músculos perdieran progresivamente el óxido de una vida rascándose la tripa.

Tengo que decir que tuve suerte de la cooperación de Roger; por mucho que ahora me gustara la gimnasia, siempre había días en los que me daba pereza salir a sudar, y el milnormas de Roger conservaba una memoria implacable.

—Hala, tío, apaga ya la tele y vamos a entrenar.

—Déjame acabar de ver *Hablando se entiende la basca*.

—Ya, la basca... y luego vienen los dibujos, y luego...

—Bueno, pesado —me levantaba del sofá y me iba a calzar las zapatillas de deporte.

Por otro lado, a medida que se acercaba la inauguración, se aproximaban las evaluaciones de abril, y mi madre se mosqueó por las horas que dedicaba a patinar y a vigilar las obras.

—No te veo estudiar nada de nada...

—Que sí. Al mediodía hago todos los ejercicios que me mandan los «profes» —y era verdad.

—Pues no es suficiente con los ejercicios. También tienes que estudiar los temas.

—Sí —mi «sí» quería decir «a medias».

—¿Cuándo tienes las evaluaciones?

—A finales de mes tenemos una...

—¿Después de San Jorge?

—Sí.

—Pues espabila. El *skate* no vale un capazo de calabazas.

—No —«no» quería decir «a medias».

Me sentía agobiado. Tenía claro que no debía relajarme en los estudios, pero ya no sabía de dónde sacar las horas.

Debía aprobar el curso, claro, estamos de acuerdo, pero quería lucirme a base de bien el día de la inauguración de las pistas; eso también era muy importante.

Quería demostrar delante de alcaldes, guardias municipales, socios del club, rivales concretos y ciudadanía en general los enormes progresos que había hecho durante los últimos meses.

Había un par de trucos de gran lucimiento que ensayaba a escondidas de los «compis» del club, para dar el golpe, si tenía suerte de que el golpe no fuera en las costillas.

Hombre, parecían dos truquitos sencillos, comparados con un *indy air* o uno de esos saltos de profesionales, aunque, para el nivel de Montornès, eran cósmicos. Y era de cajón que los tenía que ensayar unas diez mil veces si los quería hacer con elegancia.

Pero la ocasión no se pintaba como para provocar discusiones con mi madre; el ambiente en casa no estaba para frivolidades. Mi madre y Pere Meranges hablaban de casarse pronto, y las susceptibilidades andaban tan delicadas que podían rasgarse con un estornudo.

Roger se ponía histérico con la idea. No podía aceptar un segundo padre. Se desahogaba en la habitación, por la noche.

—¡No pienso llamarlo papá, nunca jamás! Aunque me obligue, no lo diré.

Nuestro cuarto era pequeño, y eso favorecía las confidencias nocturnas. Tenía las dos camas adosadas a la pared, a derecha e izquierda, con un pasillito en medio. Nos confiábamos nuestras intimidades una vez apagada la luz. cuando mamá pensaba que ya estábamos durmiendo.

—Me asquea que mamá se case con ese zopenco. Es un pasmarote que no vale una mierda, comparado con papá —exageraba mucho.

—Tú también te pasas, tío. Pere Meranges no es tan mala persona. Si no fuera por la movida de la boda, te parecería un tío legal.

—Me da igual. ¡Aquí, en casa, no tiene nada que hacer!

Roger no se atrevía a descargar su saco delante de mamá, pero, con su cara larga, el ambiente familiar se cargaba de notas extrañas. Mi madre se daba cuenta de que su hijo no aceptaba a su prometido, y eso le hacía sufrir.

A mí me parecía injusta la actitud de Roger. No podía negar a nuestra madre su

derecho a casarse de nuevo. Sin embargo, no había quien convenciera al chaval.

—¡Aunque me castigue! ¡Nunca lo llamaré papá, jamás!

—¡Pero si no quiere que lo llamemos papá! —le tuve que decir, harto de oírlo—. Prefiere que lo llamemos Pere, por su nombre.

Era un problema que empezaba a cansarme.

No tanto como me cansaban los entrenamientos, naturalmente. Desde el once de abril pudimos usar las nuevas pistas, y el club se volcó en preparar la exhibición inaugural.

Eran superguay. Las mejores pistas de la comarca, con diferencia. Habían hecho los *half pipes* de acero, para que tuviesen el piso bien uniforme; los *pulís* eran de cemento, pero del bueno: una capa de dos dedos de «porland» puro, ya nos habíamos preocupado de que la constructora no hiciese chapuzas.

Las decoramos al más puro estilo *hip-hop*, como debe ser. Teníamos los *sprays* preparados desde una semana antes;

todavía los albañiles no habían acabado de cargar la maquinaria de la obra en los camiones, cuando los socios del Club Skate Fun Montornès aparecimos en formación de combate, arma en ristre, y con una carga irresistible conquistamos la plaza.

No tardamos ni un minuto en tener las pistas como una sopa de firmas de medida olímpica. Rubricamos todos. Oriol Quintana, que era el único realmente metido en el rollo *hip-hop*, nos había instruido oportunamente, y cada uno de nosotros llevaba ensayada una firma molona.

Ya puestos, incluso firmé unas cuantas veces como Bart, en honor, naturalmente, de Bart Simpson, la mascota televisiva de los *skaters*.

Sólo respetamos el *pull* grande; lo habíamos reservado para un cartelazo que daba la vuelta a la esfera, con el eslogan de los patinadores: «El *skate* no es un crimen».

¡Que los guripas y demás ancianos decrepitos aprendieran de qué va el rollo!

La novedad de las pistas hizo brotar *skaters* de debajo de las piedras. La tienda de deportes, Navy, vendió las tablas que no había vendido en dos años, y los veteranos del club vimos cómo un alud de pardillos con ganas de marcha invadía nuestros dominios. Las pistas estaban a tope a todas horas.

Tamaño tránsito nos molestaba, naturalmente, pero también nos alegraba que la afición al *skate* creciese de aquella manera. Por fortuna, aún hay respeto a los abuelos, y los novatos nos dejaban las pistas difíciles a los veteranos. Un galón siempre es un galón.

También se acercaron los *skaters* de la comarca, atraídos por la fama de las pistas. Estas visitas no nos estorbaban, al contrario, nos hacían conocer gente buena con trucos nuevos.

En el Valles Oriental todavía no tenemos grandes campeones, todo llegará, pero el nivel de Granollers y Mollet no es malo, qué va. Hay dos o tres chavales que rulan «cantimuchi».

Roger me hizo observar tres o cuatro de sus técnicas, que, más adelante y

convenientemente ensayadas, podían darme mucho juego. De momento, y de cara a la inauguración, tenía suficiente con el par de trucos secretos que no paraba de perfeccionar.

El día de San Jorge fue la gran fiesta. El Ayuntamiento se quiso lucir y puso la megafonía en onda *rap*, puro disfrute *fun*. Era una flipada acercarse al polideportivo y catar el ambiente juvenil que lo invadía: las bermudas fosforito, las gorras de béisbol vueltas sobre el cogote, la exhibición de tablas pintadas y el zumbido permanente de las ruedas en las pistas, como una sinfonía magnetizante.

La «Quinta sinfonía» de Bart Simpson, en *Ollie* mayor, podríamos decir. Apuntaré a continuación los cuatro primeros compases:

«Zmmmmm Zmmmmm Zmmmmm Zmmmmm Zmmmmm».

Arte puro.

El alcalde quería apuntarse el ambiente juvenil y demostrar que el Ayuntamiento era sensible a... etcétera, etcétera. Nos disparó entero el discursísimo que traía preparado, supongo, porque la «Quinta sinfonía» no dejó entender ni una sola palabra.

Tampoco lo escuchaba nadie, excepto el guardia municipal, que cobra por aguantarlo.

Después del rollo, comenzó la demostración oficial; quiero decir, la de los artistas invitados, la de los socios del club local. La nuestra, vamos, ¿me explico?

La hicimos por orden de veteranía. a sugerencia del presidente, que quería actuar el primero. Creo que fue un error táctico de Magem; en todos los espectáculos se deja a la gran figura para el final, pero el chico quería inaugurar la pista y lo consiguió.

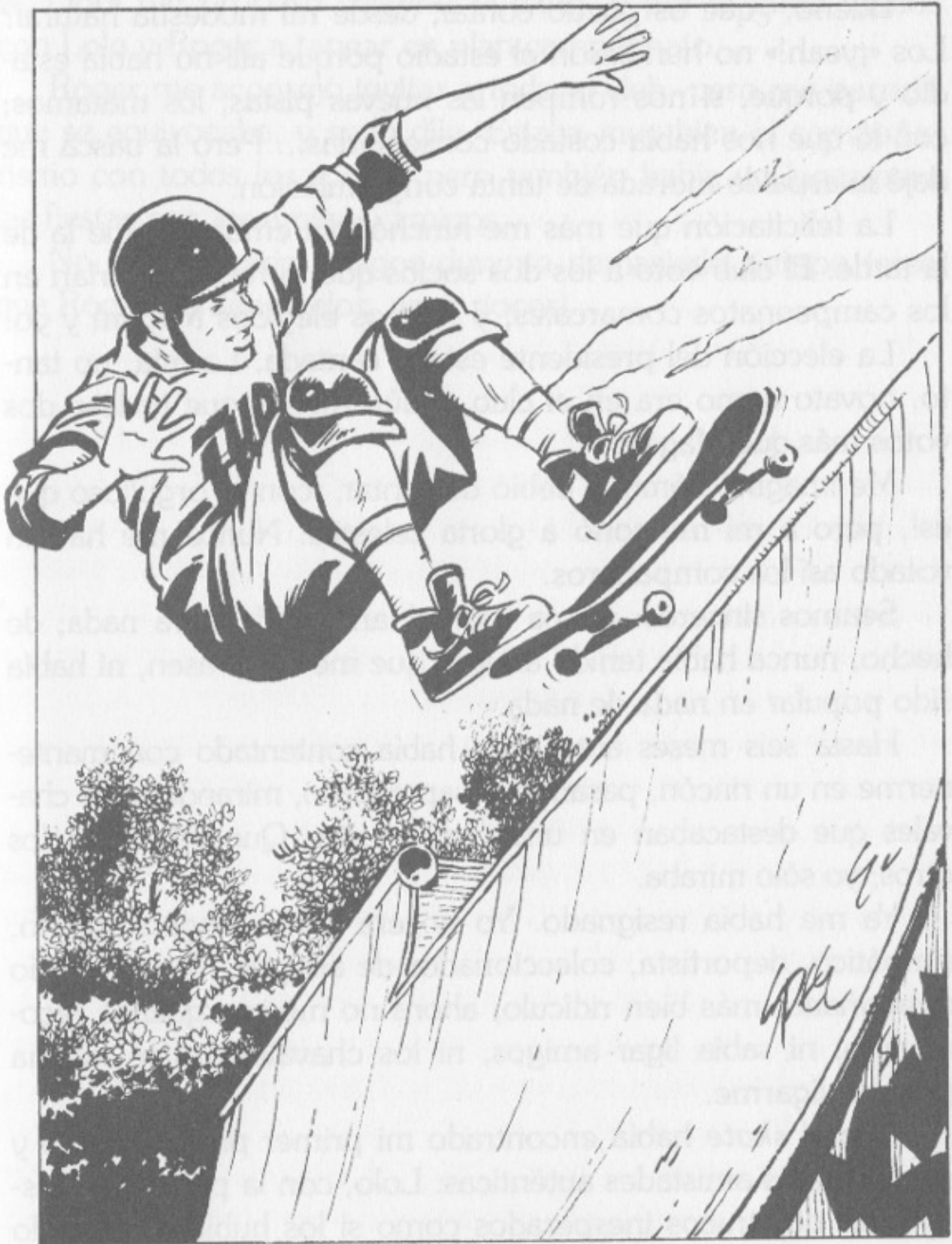
La verdad es que lo hizo muy bien, incluso contando la caída que tuvo en un *varial one-foot*. El público recibió sus trucos con los «¡yeah!» de entusiasmo.

El personal no se calentó hasta la tercera o cuarta actuación. Los «compis» del club lo fueron entonando progresivamente con la demostración de lo mejor que sabían, y me lo sirvieron madurito cuando me tocó, al final del todo, como socio novel que era.

Roger había estudiado los efectos especiales. Comencé suave en el *half-pipe*, con subiditas de rutina, aguantándome de punta y de talón, es decir, de *tail* y de *nose*, girando *front-side* y *backside*, y entrando o saliendo *fakie*.

Después fui a la barandilla para «grindar» un par de veces y, puesto ya a aumentar las virguerías, me encaramé al *fun-box* por decir aquí estoy yo, y volví al *half* a rematar la faena.

Era el gran momento. Empecé con un par de *disasters*, que quiere decir darle la vuelta a la tabla en el momento de llegar arriba, y siempre son agradecidos por el público, y, a continuación, saqué los dos trucos secretos, un *air* y un *invert* que dejaron al personal con estertores en las meninges, porque no se esperaban una tela tan marinera en Montornès del Vallès Oriental.



Bueno, ¿qué os puedo contar, desde mi modestia natural? Los «¡yeah!» no hundieron el estadio porque allí no había estadio y porque, si nos rompen las nuevas pistas, los matamos; con lo que nos había costado conseguirlas... Pero la basca me dejó la espalda morada de tanta congratulación.

La felicitación que más me hinchó, sin embargo, fue la de la tarde. El club votó a los dos socios que lo representarían en los campeonatos comarcales, y salimos elegidos Magem y yo.

La elección del presidente estaba cantada. La mía, no tanto, novato como era en el club, y aún menos que tuviese dos votos más que Magem.

Me imagino cómo le debió de sentar, ¡con lo orgulloso que es!, pero a mí me sonó a gloria celestial. Nunca me habían votado así los compañeros.

Seamos sinceros: nunca me habían votado para nada; de hecho, nunca había tenido amigos que me admirasen, ni había sido popular en nada de nada.

Hasta seis meses antes, me había contentado con mantenerme en un rincón, pasando desapercibido, mirando a los chavales que destacaban en una cosa u otra. Que triunfasen los otros; yo sólo miraba.

Ya me había resignado. Yo no era como Roger: abierto, simpático, deportista, coleccionador de amigos. Yo era un tío desmañado, más bien ridículo, ahora no me avergüenza reconocerlo; ni sabía ligar amigos, ni los chavales tenían mucha prisa en ligarme.

Con el *skate* había encontrado mi primer protagonismo y mis primeras amistades auténticas. Lolo, con la pata tesa, festejó mis dos trucos inesperados como si los hubiese obtenido

él. Oriol me propuso celebrar el éxito, y por la tarde fuimos con Lolo y Roger a tapear en plan campeonato.

Roger me aconsejó invitar a todo el club, pero me pareció que se equivocaba, y se lo dije. Estaba muy bien el compañerismo con todos los socios, pero también había un lugar para las fiestas con los amigos, amigos.

No había tenido amigos durante demasiado tiempo (creo que Roger les tiene celos, unos pocos).

8. La comida en el restaurante

EL sábado por la tarde, tenía que ir a Granollers con Roger para cursar mi inscripción en los campeonatos comarcales, y mi madre quería ir a recorrer tiendas, o sea, que lo combinamos.

Mi madre nos llevaría en coche, iríamos a comer a un restaurante, y por la tarde nos separaríamos, cada uno a lo suyo, hasta las ocho, cuando nos volveríamos a encontrar en la plaza de Baranger para regresar juntos.

La comida estuvo súper. Fuimos a un chino que me encanta y pedimos toda clase de «tres delicias» y *fung-kuo*, que no sabías qué eran hasta que los tenías en el plato, y ni aún así.

Mi madre estuvo simpática como hacía años que no la veía. Me di cuenta de que tiene un carácter encantador, a no ser porque los jaleos de la tienda y la familia la tienen siempre preocupada.

Comimos sin tenedores; pedimos los palillos chinos e intentamos agarrar la manduca con ellos. Comimos poco, pero nos hartamos de reír.

Mi madre se defendía muy bien; no sé cómo cogía los palillos, pero los movía como las pinzas de un cangrejo. Pescaba

los trocitos de *fung-kuo* con más efectividad que una gaviota atrapa a las sardinas.

Yo fui un desastre. Hice una demostración completa de mi poca maña característica. Primero cogí los palillos, uno en cada mano. ¿A que parece la mejor manera de defenderse? Pues hay que probarlo: los *fung-kuo* te resbalan como *skates* en el *pull*; mi madre se reía tanto y tan fuerte que pensaba que nos echarían del local.

Por fortuna, en un restaurante chino ya deben de estar hechos a este tipo de folclores, y el camarero no abandonó un solo segundo su encantadora sonrisa oriental.

Aunque debió de darle pena verme sufrir de ese modo, puesto que fue a buscarme un tenedor; no obstante, yo me mantuve duro con los palillos y el hombre no se atrevió a dármele para no ofenderme.

—Se ha de hacer con una sola mano, Isern —mi madre se decidió a enseñarme—. Observa cómo lo hago yo.

Yo no estaba muy seguro de que el estilo cangrejo de mi madre fuera el tradicional en las inmensas llanuras de la China central, pero mejor que el mío sí que era. Me fijé bien: cogía los palillos entre el pulgar y el corazón, y movía el índice como una cuña entre las dos maderas para dirigir con él el movimiento.

Si explicado cuesta entenderlo, imaginaos hacerlo, con unos dedos que se vuelven de escayola y se niegan a obedecer las órdenes.

Sin embargo, no me fue tan mal. De cada diecisiete intentos, a duras penas llegaba uno a mi boca con la mitad del *fung-kuo*. En los otros dieciséis y medio, la manduca volvía a la piscina con salpicones de variable importancia.

La comida, que se podía haber engullido en veinte minutos, duró una hora y

media completa. Pero eso no fue lo peor; me había puesto la camiseta *fun* que guardo para las solemnidades. La del emblema de la National Skateboard Association, que es la liga norteamericana de *skate* profesional y funciona de hecho como la federación mundial de los *skaters*, y, de salpicón en salpicón, chim-chim, la camiseta se transformó en un escaparate ornamentado con lamparones, linternas, flexos, farolas y grandes arañas.

Mi intención era entrar de veintiún botones en Flap, la tienda de deportes que se encargaba de la inscripción de los campeonatos comarcales; ya me entendéis, de veintiún botones *fun*, con la camiseta NSA, la gorra vuelta sobre el cogote y las bermudas calabaza cantonas, pero limpio y relimpio, eso sí. Y ahora me tendría que presentar como un muestrario completo de salsas exóticas.

Pero, con un rollo tan bueno como el que había con mi madre, ese día no había nada que me pudiera poner de mal humor.

De salida del chino, fuimos a tomar un helado a la Perla de Jijona, que los hace megaguay. Mi madre me dejó pedir una copa Miami Holiday, que no sé qué significa en jijonés, pero puedes morirte con las cinco bolas de helado, la nata montada, las fresitas, los chorritos de caramelo líquido, el chocolate rallado y la bengala chispeante coronando el monumento como una noche de San Juan.

Mi madre pidió una pasada parecida, un Venecia Banana Split o algo así se llamaba, y lo trajeron sobre una bandeja de porcelana en forma de góndola.

Tanto como nos habíamos reído en el chino, allí no dijimos palabra en quince minutos, de pura felicidad gastronómica, sumergidos en aquellos inacabables paisajes helados.

Hasta que se acabaron. ¡Oh, qué pena! Se acabaron y nos dejaron uno frente al otro, mirándonos con la beatitud de los santos del cielo.

Mi madre fue la primera en salir. Pasó la punta de la cucharilla por las escurriduras de los dos platos y me salpicó el último rincón limpio de la camiseta.

—Faltaba ése —se limitó a decir.

Y la doble carcajada levantó treinta cabezas de las treinta copas de helado.

—Qué bien nos lo podemos pasar los dos, ¿eh, Isern, hijo mío?

Pocas veces recuerdo haberlo pasado tan rebién en toda mi vida. Lástima que no podamos ser tan simpáticos todos los días, ni hacer de aprendices de chino, ni nadar en helados de Jijona.

Nos levantamos cogiditos de la mano como madre e hijo de película, y caminamos hasta la tienda Flap.

—Aquí nos separamos —se resignó mi madre, ante la puerta—. Cada uno a su trabajo.

—No compres Granollers entero —la despedí.

—No tengas miedo. Hoy sólo vengo a curiosear. He quedado con Pere en la plaza de la Porxada y daremos una vuelta sin comprar mucho.

Se fue tan contenta, calle Mayor arriba. Roger había fruncido el ceño al oír

nombrar a Pere Meranges.

—¡Hala, la parejita primorosa! —dejó caer—. ¡A aburrir tenderos, cogiditos de la mano como dos prometidos de quince años!

—Resulta que están prometidos, Roger.

—¡Venga, tío, demasiado bien había ido el día! ¡Tenía que salir Pere Zopenco a estropearlo!

—Anda «p'adentro», que me tengo que inscribir —lo arrastré hacia adentro.

sorpresa para mí, al menos. Supongo que habrían avisado a mi madre de su llegada, pero ella se había olvidado de decírmelo.

9. El primo de Nules

ANDRESÍN y su padre llegaron a casa por sorpresa. Por Andresín es mi primo de Nules, un pueblo de la Plana Baixa, cercano a Castellón. Viene al Valles una vez al año, cuando mi tío Andrés se acerca por algún asunto de negocios. Como Andresín se llama igual que su padre, lo llamamos así para distinguirlos.

Me lo paso pipa cuando vienen a casa, porque Andresín duerme conmigo en la habitación, en la otra cama, y nos dedicamos a contarnos las historias divertidas de nuestros pueblos hasta que nos dormimos, pasadas las tantas.

Yo tenía mi aventura del *skate* para contarle, y mis nuevos amigos del club para presentarle, y las nuevas pistas para visitar, y una montañísima de cosas que había pensado durante los últimos meses para hacer con él.

De todo lo que le conté, lo que más le interesó fue la panda del Club Skate Fun Montornès. A mi primo Andrés siempre le había extrañado que no tuviera amigos, y me decía que me

introdujese en alguna de las pandas de clase. Le resultaba fácil dar el consejo, porque tiene un carácter «supersimpa», pero a mí, antes del *skate*, me costaba mucho hacer amigos.

¡Ahí va! Me he olvidado de Roger; lo estoy contando mal. Vamos otra vez:

Andresín y su padre llegaron a casa por sorpresa. Por sorpresa para Roger y para mí, al menos. Supongo que habrían avisado de su llegada a nuestra madre, pero se le había olvidado decírnoslo.

Nos lo pasamos pipa los días que viene Andresín, porque duerme con nosotros en la habitación. Le colocamos un colchón en el suelo, entre la cama de Roger y la mía, y nos dedicamos a contarnos las historias divertidas de nuestros pueblos hasta que nos dormimos a las tantas.

Este año, Roger quería enseñarle las técnicas que ha aprendido para coleccionar insectos, y yo tenía mi aventura del *skate* para contarle, y mis nuevos amigos del club para presentarle, y las nuevas pistas para visitar, y una montañísima de cosas que Roger y yo habíamos imaginado durante los últimos meses para hacer con él.

Así lo he dicho bien.

Mi primo me contó mucho, y bueno, de Nules. Tienen una vecina a la que llaman *Tú faltabas*. Lo mejor no es su apodo, sino la razón por la que se lo han puesto: cada mañana. *Tú faltabas* se levanta con retraso, llega a la parada cuando el autobús ya se marcha, y corre detrás, gritando que va a romper los cristales, hasta que se para. Pero, cuando ya está dentro, si ve que viene otro tardón pidiendo que lo esperen, ella se enfada, porque se le pasa la hora y llega tarde a trabajar.

Tiene una hija de veinte años que, por lo visto, está muy buena, pero que sólo liga si se está callada, de boba que es. Cuando va a una "disco», todos los muchachos van como locos detrás de ella, y, si la moza se anima y se pone a bromear con sus admiradores, el ejército de galantes huye más deprisa que en un encierro.

Por lo visto, además, se ríe de una manera estrafalaria. Mi primo Andrés se echaba a reír como la hija de Tú *faltabas* y era de récord Guinness; vaya, que parecía un pingüino afónico concursando en un campeonato de puertas chirriantes.

Yo intentaba imitarlo, y los dos nos reíamos de esa manera, a oscuras, hasta que mi madre nos advertía que callásemos. Los tres, quería decir, con Roger.

Pero la chavala de Nules que más éxito tiene no es su vecina con la boca cerrada, sino una tal Daniela, una chica feota que tiene una madre más guapa que una presentadora de televisión. Y resulta que los chicos se enrollan con la joven fascinados por su madre.

Yo no me lo creía, pero Andrés me aseguraba que no se inventaba nada, que los domingos por la tarde era un escándalo la cantidad de chicos que se acercaban a su casa para invitar a salir a la feúcha y saludar de paso a su madre, y que había habido más de diez peleas entre los pretendientes de la hija, que en el fondo no la pretendían a ella.

Los «compis» del club acogieron muy bien a mi primo valenciano; tiene un carácter que se gana enseguida a la gente. Ya sabía subirse a un monopatín, pero nunca había intentado los trucos profesionales y él, que me tenía por un pato patoso, alucinó cuando me vio hacer *airs* y *ollies*.

Flipó tanto que intentó lanzarse por el *half-pipe*, y puso tal entusiasmo que de semejante impulso superó el *coping* y cayó al *half* contiguo en plan ángel de la muerte: la tabla por un lado y él por otro, girando ambos como peonzas.

¡Qué costalazo, Virgen Santa del remedio glorioso! Por fortuna, en el último momento le habíamos convencido de que se pusiese la armadura completa: casco, rodilleras, coderas y zapatillas de *skate*. Si no nos llega a hacer caso, deja en la pista sus dos hileras de dientes y las vértebras suficientes para hilar un rosario.

Sólo me habría faltado devolvérselo a cachitos al tío Andrés:

—Esto es Andresín, tío... ¡Si supieses lo que se ha divertido con el monopatín!

Afortunadamente, no le ocurrió nada, y él, más pincho que Ed Templeton cuando gana los campeonatos, ni caso hizo del castañazo. Se volvió a lanzar una tira de veces, y en cada ocasión sobrevolaba el *coping* como si se entrenase para hacer ala delta.

Se iba cayendo y riendo, ése era el detalle simpático. Se reveló más zopenco de lo que yo había sido nunca, incapaz de rectificar los errores, pero le ponía tanta gracia en los golpetazos que nos hizo pasar una tarde de buten.

Incluso Magem me felicitó por tener un primo tan divertido. Andresín se hizo el rey de las pistas por lo poco que sabía patinar, el mundo al revés, y yo aumenté mi popularidad por mor del parentesco.

También me acompañaba a correr en la montaña, así no estaba tan solo. Desde casa, subíamos a los cerros Calders y,

desde la cresta, hacíamos el círculo de colinas; bajábamos por la collada de Olleta hasta entrar en el pueblo por el lado del cementerio.

—¡Cuánto co-orres! —me dijo el primer día—. Déjame morir aquí, que ya no puedo ni respirar...

Sólo estaba desentrenado; los días siguientes, aflojé el ritmo y aguantó el paseo. El entrenamiento se había convertido en hábito y no me daba cuenta de que había conseguido un fondo atlético muy superior al de los chicos de mi edad.

¡Ya estamos, otra vez, lo he contado sin...! Hala, volvamos: Mi primo Andrés también nos acompañaba, a Roger y a mí, a correr por la montaña. Desde casa, subíamos a los cerros Calders y, desde la cresta, hacíamos el círculo de colinas; bajábamos por la collada de Olleta hasta entrar en el pueblo por el lado del cementerio.

—¡Cuánto co-orrés! —nos dijo el primer día—. Dejadme morir aquí, que ya no puedo ni respirar...

Sólo estaba desentrenado; los días siguientes, Roger y yo aflojamos el ritmo y él aguantó el paseo. El entrenamiento se había convertido en hábito para nosotros, y los dos gemelos no nos dábamos cuenta de que habíamos conseguido un fondo atlético muy superior al de los chicos de nuestra edad.

Así vale.

El viernes por la mañana, Andrés volvió a Nules con el decidido propósito de comprarse un monopatín y dedicarle su vida.

—Aprovecharé el viaje para comerle el tarro al viejo, te lo aseguro. Encerrados los dos dentro del coche, no se me puede escapar; ya verás cómo promete comprarme una tabla de las buenas antes de cruzar el Ebro.

—Llámame si lo consigues.

—Eso está hecho, chico. ¡Esta misma noche!



El viernes por la tarde tenía que bajar a Barcelona, a federarme. Si no estás apuntado en la Asociación Catalana de Monopatín, no te dejan competir en los campeonatos oficiales. Pere Meranges también tenía que ir a la ciudad, y quedamos en que me acompañaría.

Nunca había estado a solas con él un rato largo, y la verdad es que mereció la pena.

Hasta entonces siempre me lo había encontrado en el papel de acompañante de mi madre, en una situación poco fluida, cargada de suspicacias.

Y dentro del coche, sin mi madre de por medio, como aquel que dice, de hombre a hombre, Pere se reveló «tela» legal. Me contó cómo era la comarca unos años antes, cuando él era crío e iba con una banda de buenas piezas a visitar los huertos.

Hoy quedan pocos de esos huertos, debido a la manera como se ha industrializado el Vallès, pero Pere había visto las orillas del Besos llenas de bosques y frutales.

Incluso había pescado peces en el río.

—¿Peces? Había a raudales. Los podías pescar sin caña, con un simple cesto de mimbre. Lo metías en un remanso del río y lo sacabas con dos o tres barbos cada vez. Pescábamos unos pececitos pequeños que, a la brasa, estaban de muerte.

Los chavales los asaban en un fuego de ramas que encendían allí mismo, sobre la arena. Y allí mismo se los comían.

—Y lo de los peces no era nada. Venía aquí con mi padre a cazar patos y agachadizas. Él tiraba y yo le cargaba las escopetas.

Eso era en la alameda que entonces rodeaba el río Mogent. En noviembre, las bandadas de patos migratorios bajaban al humedal a descansar, y allí las esperaban los cazadores de Montarnès.

—Cuando cazábamos un pato, celebrábamos fiesta mayor en casa. ¡No creas que en aquellos tiempos podíamos comer carne magra cada día!

—No me gusta matar animales —le comenté, a pesar de que me emocionaba la forma en que Pere me explicaba la espera de los patos, de madrugada, escondidos entre los juncos de la ribera.

—¡Entonces no importaba, como había tantos...! Y hacían falta en el plato, te lo aseguro.

Pere me acompañó a la calle Llúria de Barcelona, a la sede de la asociación, y me ayudó a rellenar el papeleo; siempre me ha mareado llenar cuestionarios, una fobia que tengo.

Después lo acompañé a la Delegación de Hacienda, donde tenía que entregar la declaración de impuestos de la tienda de televisores.

Nos dimos prisa. Un funcionario empezó a buscar impedimentos con los formularios, pero Pere es un hombre que sabe cortar las complicaciones por lo sano, y no tardó ni dos minutos en solucionar el embrollo.

Resultó divertido, porque el tío de la ventanilla insistía en que faltaba un papel y Pere extendió el pliego de impresos sobre el mostrador y se los fue enseñando uno a

uno, como a una criatura de pocas entendederas.

Cuando por fin la evidencia consiguió entrar en el cerebro del burócrata, todo fue como la seda.

De vuelta a Montornès, hablé poco. Pere no dejaba de contarme historias divertidas, mientras yo reflexionaba sobre la manía que le había cogido por el mero hecho de salir con mi madre, sobre las pocas oportunidades que le había concedido para ofrecerme su amistad.

Todavía no podía decir que me gustara que mi madre se volviera a casar, pero, mal que me pesase, tenía que reconocer que, de entre todos los posibles sustitutos de mi padre, había escogido a uno de los mejores.

O, quizá, quizá, la rabia que había sentido contra Pere no tuviera que ver con salvar la memoria de mi padre. Quizá fuera más simple: celos de un rival que me disputaba la compañía de mi madre. Egoísmo por mi parte, o quizá resultara excusable que un chaval tan solitario como yo se negara a compartir la única relación afectuosa que tenía.

Llegamos a casa cuando aún no sabía qué relación quería mantener con Pere Meranges. Cuando vi que mi madre lo recibía con un beso, como a mí. se me revolvió el inicio de simpatía que le había tomado durante el viaje.

No sabía, no sabía.

Pere cenó en casa y, a pesar de las dudas que yo conservaba, fue el primer convite sin fantasmas extraños sentados a la mesa.

Poco después de que Pere se fuera, sonó el teléfono.

—Isern, es para ti —me llamó mi madre.

—¡Ya lo tengo! —escuché la voz de Andrésín por el auricular.

Me eché a reír.

—¿Lo has conseguido? ¿Ya ha prometido que te comprará un *skate*?

—¡Ya me lo ha comprado! ¡Me puse tan asquerosamente pesado que me lo compró en una tienda de Amposta!

Justo en la raya del Ebro: promesa cumplida.

10. Ya se acerca

¡BUENA la formasteis ayer! —Selena le pegó la bronca a Oriol, tan pronto lo vio por las pistas del polideportivo—. Firmasteis con los sprays en la fachada de la tienda de mi tío, en la calle Estrella, y cogió un berrinche que si os pilla os mata.

—No fuimos nosotros. Fue la cuadrilla de Montmeló.

—Eso se lo explicas a mi tío. Las firmas aún están allí, sobre la pared.

—Os habéis ganado muchas antipatías los *hip-hop*, con eso de las firmas —Lola lo sabía por su madre, que vendía ropa a domicilio y trataba con mucha gente—. La verdad es que dejáis guarrilla la ciudad.

—Pero el *hip-hop* es mucho más que las firmas. Firmar es tan sólo el aprendizaje del *spray*. Cuando ya sabemos usarlo, pintamos unos murales que son una virguería. Y esos murales no ensucian las ciudades, las decoran.

—¡Sí! He visto uno en la estación de Montcada, y es de alucine! —recordé.

—¿Lo has visto, eh? ¿A que está bonito? Aquella pared, antes, estaba indecente con la polvareda de los trenes y el revoco desconchado... Ahora da gusto verla.

—¡Ya lo creo!

—Pues daos cuenta: la cuadrilla *hip-hop* de Montcada tuvo que pintarla de noche, a escondidas; casi ni distinguía los colores. Si los «monos» los llegan a pillar, les requisan los *sprays* y encima los denuncian por ensuciar la vía pública.

—¿Ensuciar? Esa pintada es una obra de arte.

—¡Ya lo creo que sí! Arte joven, arte de los jóvenes, ¡esto es lo que no soportan ciertas personas!

—Se lo cuentas a mi tío... —Selena no podía tomárselo tan en serio, había oído los gritos de su tío cuando se encontró la tienda decorada con garabatos.

Oriol parecía atrapado en una contradicción: quería y no quería excusar a los colegas de Montmeló.

—Es que... se ha entrado en una especie de competición con las firmas, a ver quién consigue firmar en más lugares, en los vagones de los trenes, en el territorio de las otras cuadrillas... ¡Hay que entenderlo!

—A mi tío se le entendía clarito esta mañana...

—¡Hala, a entrenar! —Oriol huyó de la voz de la conciencia.

La proximidad del campeonato comarcal nos forzaba a entrenarnos duro a los que íbamos a competir, y también a los demás, por compañerismo.

A mí, sin embargo, el doce de mayo, justo diez días antes del campeonato, me dio un dolor en el tobillo que no me dejaba patinar. Caminar sí, andaba más o menos, pero, con sólo subir al *skate*, el esfuerzo del tobillo me producía unos espasmos musculares que me atravesaban.

No había nada que hacer. No podía ni entrenar con suavidad; si hacía los movimientos con miedo, corría el peligro de

sufrir una lesión de importancia. Con el *skate*, no se puede bromear.

No podía creermelo que una bobada tan ridícula me dejara fuera de los campeonatos; tantos meses entrenando, tantas ilusiones, ¿se podían volatilizar con esa facilidad? ¡Plop!, y adiós muy buenas.

Todavía no era seguro que me perdiera los campeonatos. Claro, todo dependía de los días que tardara en curarse el tobillo. Pero veía el panorama más negro que catorce congoleños en un túnel.

Mi madre me acompañó al médico, aunque, el hombre, no solucionó casi nada.

—Bien, creo que te podré salvar. Te pones una pomada antiinflamatoria y estás unos días en reposo hasta que desaparezca el dolor.

—Pero, ¿cuánto tardará en curarse? —pregunté, pues era lo que más me preocupaba.

—Eso, chico..., con este tipo de dolores musculares, nunca se puede decir.

Me puse pomada como para lubricar tres motores de camión, pero no parecía avanzar mucho. Las pequeñas pruebas que hacía con el *skate* demostraban que el dolor continuaba campando.

Estaba frito de impaciencia. Mi madre, en cambio, me encontraba más apaciguado.

—Mira, casi me alegro de que no puedas concursar. Estabas hecho un manojito de nervios y el esguince te ha tranquilizado.

No entendía por qué lo decía. Era imposible que estuviese más tranquilo ante la perspectiva de perderme los campeonatos.

—¿No será que no tenías ganas de competir y te has inventado un dolor imaginario? —comentó mi madre, en plan psiquiatra.

¡Sí, mujer, y qué más! Me sugería que no tenía ganas, después de ocho meses de verme entrenar como un cosaco del Volga.

¿Cómo podía desagradarme la participación en los campeonatos, si les había dedicado el mayor esfuerzo de mi vida?

Un año antes, sí, ¿ves? Un año antes, la perspectiva de competir me habría aterrorizado; decir desagradado sería poco, con lo miedoso que yo era, me habría aterrorizado, espeluznado, sobrecogido, acongojado, despavorido... Y aún digo poco.

Comparecer ante quinientos espectadores para realizar unos ejercicios físicos difíciles, desmañado como siempre he sido, y con peligro, además, de errar un movimiento y dejarme la crisma... ¡Prrrrr!, nunca jamás me habrían enganchado.

Pero estos miedos estaban supersuperados. ¿no? Ese Isern solitario, con su deslavazada manera de hacer, se había desintegrado entre dos cabriolas de *skate*.

Ahora realizaba ejercicios que los mejores patinadores del club no podían conseguir; ahora me atrevía a reclamar mis derechos al mismísimo señor alcalde de Montornès; ahora no me intimidaba ir a Barcelona a solucionar papeleos burocráticos, ahora tenía amigos que me apreciaban...

Había madurado. El Isern timidillo y acomplejadillo había pegado un estirón

mental. ¿Por qué tenía que conservar los miedos de antaño?

¿Por qué, de hecho, conservamos los miedos? Antes estaba lleno de temores irracionales y no era capaz de explicar

por qué los tenía. Y ahora, a medida que se acercaba el día de los comarcales, notaba un conjunto de extrañas sensaciones.

Sufría sentimientos contradictorios. Por un lado, me sentía más fuerte y preparado que nunca, pero, por otro, me reconcomía el presentimiento de que mi actuación sería un desastre, que haría el ridículo ante los tropecientos espectadores y me rompería la crisma por pasarme de presumido.

¿Tenía realmente miedo de competir, en el interior del interior del interior de mi corazón? ¡Oh...! Me dolía más la mollera que el tobillo.

Y, ya fuese por el exceso de pomada o por las reflexiones neuropsiquiátricas sobre la causa «choto-demente» del dolor de mi tobillo, el hecho es que las molestias desaparecieron de repente. El miércoles por la mañana probé el *skate* y patiné como si tuviese tobillos de acero al cromo vanadio. Ni rastro de indicios de apuntes de dolor. ¡Superguay!

Roger vino a comentarlo.

—Era una reacción psicológica, Isern. Estás superando tu timidez anterior, pero todavía tienes miedo de actuar ante quinientos espectadores y has proyectado un dolor en el tobillo. A eso se le denomina dolencia psicósomática. Se trataba de una excusa para no tener que presentarte a los campeonatos.

Pues vale, tío, qué bien hablas.

Reemprendí los entrenamientos con una pasión doblada; los seis días que había perdido no habían afectado a mi estado físico; afortunadamente, no había abandonado los ejercicios.

Pero, a cuatro días de los campeonatos, decidí no dispersarme ensayando movimientos nuevos que no dominaba y centrarme en perfeccionar lo que ya sabía.

Tan sólo iba a competir en dos de las modalidades: en *Street* y en los *pipes*. En la calle haría alguna que otra «grindada» a lo largo del hierro del *railslide*, y pensaba subirme de un salto a los bancos de piedra de la plaza de la Porxada y alucinar al personal.

En el *half-pipe*, comenzaría con un repaso de los movimientos sencillos, *kickturns* de cara y de espalda y *rock and rolls*, y acabaría con tres trucos vacilones: un *air*, un *invert* y un *method*.

Me habría venido bien conocer el tipo de pistas que instalarían para los campeonatos en la plaza de la Porxada de Granollers, y estudiar los detalles concretos de cara al lucimiento. Fui a preguntarlo a la tienda Flap, a los organizadores, pero no me quisieron dar ninguna información, para no favorecer a un concursante sobre los otros.

Roger me hizo un comentario:

—No te preocupes, porque llevas un buen programa. El *method*. sobre todo, no

hay nadie que lo haga en la comarca. Si consigues ligar las distintas figuras con gracia, tienes muchas posibilidades de quedar en buena posición.

No, mejor todavía. Me dijo, por ejemplo:

—No te preocupes, porque llevas un buen programa para quedar entre los tres primeros y poder participar en el campeonato de Cataluña. El *method*, sobre todo, no hay nadie que lo haga en la comarca. Trabaja un poquito más la salida, para enlazarlo con fluidez con el *air*. Si los ligas con gracia, tienes muchas posibilidades de quedar en buena posición.

Roger había centrado el punto clave: quedar entre los tres primeros.

Yo no ambicionaba tanto. Para mí bastaba con quedar situado en un puesto honorable. Era el primer año que practicaba el *skate* y no podía aspirar a competir con chavales que llevaban tres y cuatro años rodando pistas.

Pero el bombón de los comarcales eran esos tres primeros lugares que daban derecho a participar en los campeonatos de Cataluña, en las dos modalidades, *street* y *vertical*.

Eran más que un bombón. Eran los mil y un sueños.

11. El viaje a París

EL domingo fue peor de lo que me esperaba. Quiero decir mejor, claro. Pasaban de mil las personas que se reunieron en la plaza de la Porxada, de Granollers, para presenciar los campeonatos comarcales de *skate*, el doble de las previstas, y eso quería decir que la afición al *skate* crecía como los champiñones.

Los participantes estaban impresionados ante esa multitud. Y no solamente yo, que toda mi vida había arrastrado una timidez de cachalote antártico y que me estrenaba en una competición oficial, sino también los veteranos más fogueados.

Desde abajo, desde el público, cuesta percibir los nervios de los participantes, pero, tres metros más arriba, con la tabla basculando sobre el *coping* del *half-pipe* , ante un agujero que parece el doble de grande que la tarde anterior, los nervios pueden devorar la moral del mejor campeón. ¡Ñam, ñam!

Te salvas por la vía de la resignación. Cuando el jurado te da la señal de comienzo, miras al público, te miras las rodillas temblorosas, miras al abismo que te espera, y piensas: «¡De ésta no me salvo; así que, perdido perdidito, a ganar una medalla!».

Y te tiras, y triunfas.

Bien, yo me tiré y encadené bastante bien los ejercicios que llevaba pensados, a juzgar por los gritos de «¡Yeah!» que escuchaba. Supuse que medio salía del brete, y me apresuré a acabar el ejercicio sin tener tiempo de marearme.

Lolo Pubill, que había paseado su pierna escayolada por todas las pistas, me esperaba en primera fila para felicitarme.

—¡Chupi. tío! ¡Megamil! —es un chaval que se sabe explicar.

—¿Eh? ¿Sí? ¿Yo? —se ha de destacar que aguanto las conversaciones inteligentes que sean necesarias.

—«¡Da buti lerendi!» —me dio una colleja Selena, conocida matrícula de honor en literatura.

Tanto pescozón me estaba sacando de la cabeza la niebla que me había obnubilado durante lo últimos diez minutos.

—¿Queréis decir que...? —coordiné por fin.

—¡Queremos decir que...! —remató Magem, y digo rematar refiriéndome también a los golpes entusiastas que me arreaba en la espalda. No hay nada como los amigos.

No, en serio, era fantástico que Magem me estuviese felicitando, después del mal rollo que habíamos arrastrado durante todo el año.

—¡El Club Skate Fun Montornès se está comiendo el campeonato, tío! —me explicó.

—Magem también lo ha hecho muy bien —Selena completó la información; yo no me había dado cuenta de nada. Y ahora me tocó a mí alegrarme por los éxitos del rival.

—¡Chupi, presidente! —levanté las dos manos y Magem preparó las palmas para recibir el claqué.

—¡Pero ya veremos quién de los dos lo ha hecho mejor! —la vieja realidad reapareció en la expresión de Magem. aunque ya no quedaban ganas de herirme, sino sólo de cachondeo.

—¿Acaso lo dudas? —le vacilé, siguiéndole la corriente.



No tuvo tiempo de contestar, porque mi madre y Pere Meranges venían a felicitarme. Mi madre me había prometido su asistencia, pero la presencia de Pere fue una sorpresa.

—¡Chico, estás hecho un as! ¡No pensaba que sabías tanto! —me dijo mi madre con un abrazo.

Pere me trató con el tono de camaradería que habíamos estrenado en el viaje a Barcelona.

—Lo tienes en el bolsillo, campeón. ¡Te ha salido de coña!

No respondí. Ese exceso de cumplidos era imprudente delante de los '«compis» del club, pero la sonrisa me atravesaba de oreja a oreja, y no volví la cabeza por miedo a un accidente.

El jurado no se hizo de rogar. Cinco minutos después de acabar la demostración del último concursante, publicó ya los resultados.

Bien, ejem, quedé tercero en *free style*. En Street, me dejaron el undécimo.

¡Tercero! ¡Había conseguido un puesto para el campeonato regional de Cataluña! ¡Un puesto! ¡¡¡Un puesto!!! ¡U-n p-u-e-s-t-o!

La lástima fue Magem. Quedó cuarto en las dos categorías. Por un único y miserable puesto quedaba doblemente excluido de los regionales.

En la modalidad de *street* lo había hecho mucho mejor que yo, pero en los *pipes* era yo precisamente quien le había quitado su plaza soñada.

Sin embargo, vino a felicitarme. Magem es un tío legal, cuando quiere, y me felicitó con tanta sinceridad como sincero era su disgusto por haber quedado fuera de los regionales.

Su enhorabuena me emocionó aún más que la repicada de espalda de hacía un rato. Nuestra vieja rivalidad estaba muerta y enterrada, tan difunta como el apocado Isern al que Magem se había dedicado a pinchar.

Pero el plato fuerte del día vino más tarde, aunque parezca mentira. Fuimos a comer a un restaurante, mi madre, Pere y yo, y, entre plato y plato, me anunciaron un superviaje a París, tres semanas más tarde, justo cuando acabara los exámenes.

Para su gran sorpresa, no me puse a saltar de alegría.

—¡Me coincide con el campeonato de *skate*! Si voy a París, no podré presentarme...

No le dieron mucha importancia.

—Oh, tranquilo por los campeonatos, hay a cada momento —desdeñó mi madre—. Lo pasaremos muy bien en París.

No se daba cuenta de lo que habían significado para mí los meses de duro entrenamiento, ni de la ilusión que me hacía haberme clasificado para el campeonato regional.

Después de vencer tantos obstáculos, después de sufrir tanto, ¿quedaría fuera de juego por un viaje que ellos solos habían planeado?

¡Qué majos estaban! Mi madre y Pere se miraban tiernamente por encima de la

mesa, con la mano cogidita como dos enamorados.

¡Mierda! ¡Por culpa de Pere Zopenco perdería la plaza que tanto me había costado obtener! Roger le lanzó una mirada rencorosa... No, basta ya de ese rollo. Yo. Yo le lancé una mirada

tan rencorosa como las de unos meses atrás, cuando no soportaba la idea de que mi madre se volviera a casar y me inventaba a un hermano lleno de odio, a Roger, para expresarlo.

La invención de Roger me había prestado buenos servicios durante todo el tiempo en que no me atrevía a confesar mis sentimientos. Pero creo que había madurado bastante en los últimos meses, ya no necesitaba el truco del gemelo imaginario.

Pere no se percató de la mirada rencorosa. Sólo tenía ojitos para mi madre.

—Quizá no haya sido una idea muy brillante —le decía—. Isern lleva un año con la ilusión del campeonato, y el viaje no puede hacerle mucha gracia. No habíamos pensado en eso. Será mejor que nos olvidemos del viaje.

Vaya, eso no me lo esperaba de él.

—¡Qué importan unos campeonatos de patín! —se oponía mi madre—. Si no hacemos el viaje ahora, ya no lo podremos hacer hasta vaya usted a saber cuándo.

—Ya encontraremos el momento, mujer. ¡París no se moverá de su sitio!

—¡Pero es un viaje muy importante para nosotros! Es el primero que haremos como una familia...

En eso tenía razón mi madre. Después de un noviazgo espinoso, lleno de las dificultades que creaba un hijo que se negaba a tener padrastro, aquel viaje era una buena idea para consolidar a una familia que estaba a punto de nacer. Y París era la ciudad ideal.

—¡Qué importan unos campeonatos! —repetí yo, en un desvarío—. ¡Nos lo pasaremos muy bien en París!

—Bien... Si estáis los dos en mi contra... —aceptó Pere.

Pero no parecía muy convencido de la solidez de mi arranque generoso.

—¿Estás seguro de que quieres ir, Isern? —insistió.

Yo me encontraba en medio de una tempestad de sentimientos opuestos. Dentro de mí había una parte que gritaba contra la renuncia al campeonato de *skate*, y otra que se sentía feliz con la perspectiva de ayudar a fundar una familia.

Y esto último era lo más importante. Ahora estaba seguro.

—¡Bah! Daré cancha a los colegas durante un año. Para los campeonatos del año que viene prepararé un *indy air* que los hará harina de boniato —puse el tono chuleta que merecía la ocasión.

La verdad es que durante el resto de la comida hablé poco. Necesitaba un rato para digerir el huracán que poco a poco se apaciguaba dentro de mí. Si me quedaban algunas dudas, me las resolvía la cara de felicidad que ponían los dos pichones que tenía delante.

¡Buuh...! Se pasaban. De no ser porque los quería, habría dicho que era una sesión

asquerosamente empalagosa de miel sobre mermelada. Había dulzura para matar de empacho a un regimiento de artillería.

En definitiva, Magem se alegraría. Quedaba para él la tercera plaza que tanto había deseado. Eso consolidaría nuestra amistad recién estrenada, y, al año siguiente, el Club Skate Fun Montornès sería una panda supermegaguay.

Al salir del restaurante, Pere me puso la mano sobre el hombro derecho y la apretó en un gesto mudo de agradecimiento.

Vale, tío. Pero no era para tanto. Bien mirado, en los campeonatos de Cataluña sólo habría hecho el ridículo. Había

visto patinar a los campeones de Barcelona, y era evidente que yo, con un solo año de entrenamiento, no podía competir con ellos.

Me podía permitir esa generosidad, que me salía barata: en los regionales, habría quedado, aproximadamente, el ultimísimo.

12. El cementerio de Viñas Viejas

SALIMOS hacia París el sábado por la tarde, porque Pere prefiere conducir de noche.

Y no me extraña: de noche, las autopistas francesas son más tranquilas que el desierto del Sahara cuando los camellos cogen la gripe.

Poco puedo contar del viaje, porque dormí casi todo el rato estirado en los asientos traseros. Pere y mi madre se iban relevando al volante, cada dos o tres horas, y sólo me despertaban cuando parábamos a estirar las piernas en un área de servicio.

De vez en cuando los oía:

—Estamos a la altura de Perpiñán... De día veríamos los estanques de la costa... Esas luces son de Montpellier. ¿Sabes cómo lo escriben en occitano? Montpélhier, con *lh*...

Del área de Montpellier todavía me acuerdo; de las otras tengo un recuerdo nebuloso, es decir, no me acuerdo de nada coherente. Me parece que nos paramos, sí; supongo que acompañé a la pareja al bar, medio zombi, para no quedarme solo en el coche.

El recuerdo se vuelve nítido a partir de las ocho de la mañana del domingo, cuando nos detuvimos en los alrededores de Auxerre y ya me despabilé. Estábamos tan sólo a dos horas de París.

Comí mi primer cruasán francés con todo el ceremonial del caso, y por poco lo escupo, de seco y harinoso que estaba. Y es que no sirven ni la fama ni las tradiciones: los restaurantes de las autopistas tan sólo guardan fidelidad al plástico.

El paisaje era llano, con campos separados por setos de chopos; mi madre dijo que se repetía desde el alba. Según el mapa, todo el centro de Francia es una llanura similar.

A partir de Nemours cambió el aspecto, por la frecuencia de fábricas que anunciaban la capital. Es lo que sucede con las grandes ciudades: son muy bonitas y tienen barrios antiguos maravillosos, pero los alrededores son un desastre de industrias y bloques de pisos horribles.

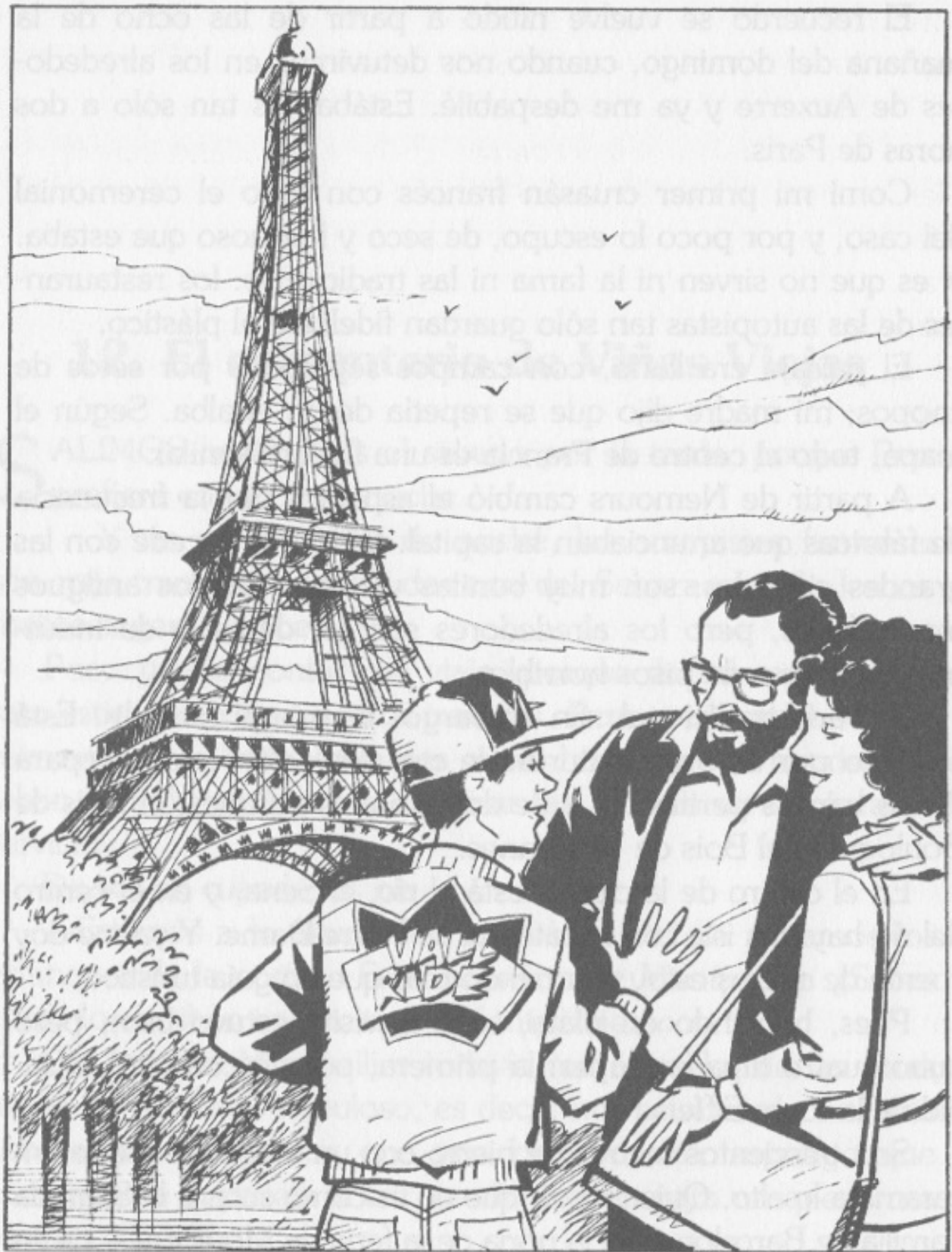
El París tradicional, sin embargo, es «chupi lerendi». Está rodeado por un gran cinturón de circunvalación que lo separa de los barrios periféricos y de dos grandes parques, el Bois de Boulogne y el Bois de Vincennes.

En el centro de la ciudad está el río, el Sena, y en el centro del río hay una isla con la catedral de Nôtre-Dame. Y ya me doy cuenta de que os estoy aburriendo más que un guía turístico.

Pues, hablando en plata, toda la visita estuvo bien, pero hubo cuatro flipadas súper: la primera, por descontado, la subida a la torre Eiffel.

Son trescientos metros de hierro con un ascensor que te encarama a lo alto. Quiero decir que no es como subir a la Sagrada Familia de Barcelona o a la noria de la feria de Montornès. Es un

mogollón más alta; desde arriba la ciudad parece menuda como una proyección en la pantallita del cine parroquial.



Y, si subes de noche, el panorama no tiene nada que ver con el que has observado de día. Está bien hacerlo cuando ya llevas unos días en la ciudad y conoces los puntos de referencia. Los faroles encendidos en todo París, no sé cómo explicarlo. son una bofetada visual que te emociona. Sí, ésta es la palabra: emociona, como si vieses un serial de hijos abandonados y de pérfidos condes que seducen a inocentes huerfanitas, algo por el estilo.

La segunda flipada fue el centro de arte Pompidou. Es una cosa rarísima, quiero decir un edificio con los corredores exteriores en forma de grandes tubos de plástico. Y por dentro es igual, está distribuido en espacios cambiantes, llenos de cosas que no te esperas: desde una exposición de cuadros de Picasso, que los puedes tocar y cada uno vale cien millones, hasta una muestra de puntas de lanza jíbaras, de esas que tintaban de curare para que sus víctimas muriesen paralizadas y se estuviesen calladitas mientras les reducían la cocotera.

En la placita que hay delante del centro Pompidou había uno de esos pedigüeños que montan *shows* en la calle, que valía por sí solo una visita a París, ¡Qué cachondeo!

El tío era demasiado, con una tripa tan exagerada que el *monsieur* parecía más ancho que alto. Se iba metiendo con la gente, mientras intentaba malabarismos que se caían una vez de cada tres. Igual había reunido a quinientos espectadores, y los tronchaba de risa. No sé qué les contaba, yo no le seguía los chistes franceses porque en el cole damos inglés, pero tanto me daba, porque con su mímica había suficiente para troncharse.

Fue a buscar al turista más colgado que había entre el público y le pidió que hiciese puntería con los dardos, tirándolos contra su tripa.

¡Era para verlo! El hombre tenía tantas capas de sebo sobre la panza que no sentía los dardos cuando se le enganchaban en la piel.

La tercera flipada fue la bajada del Sena, de noche, en el *bâteau mouche*. Fui de morros; creía que sería un mal rollo porque tenía pinta de clásico embaucamiento para turistas bobalicones, pero los parisinos saben montarse tan bien el romanticismo que de cualquier cosa hacen un ambiente cautivador.

Me acompañaba la pareja de tortolitos y, en vez de embobarme con los muelles iluminados del río, observaba la cara de felicidad con que ellos se miraban.

Aunque Pere hubiera resultado tan zopenco como yo pensaba al principio, me parece que habría bastado con el paseo del *bâteau mouche* para aceptarlo en la familia.

Mi madre, desde la muerte de mi padre, había vivido tensa como las cuerdas de una guitarra, descentrada, ahogada por las responsabilidades de la tienda, la casa y el hijo. Y ahora volvía a tener mil años de futuro en su mirada, se la veía relajada, dejándose llevar por el suave paso de las luces que resbalaban río arriba, mientras nosotros seguíamos la corriente del agua... No valía ni medio real cualquiera de los argumentos egoístas que yo había ideado en todo ese tiempo.

Sentado en los bancos del *bâteau mouche*, comprendí una cosa elemental que había tardado un año en descubrir: para mi madre, querer a Pere Meranges no significaba olvidar el

amor por mi padre, quería decir, sencillamente, que el amor es más poderoso que la muerte.

Mi padre estaba muerto y la vida continuaba; oponerse a la vida era extender la muerte de mi padre a una serie de personas que tenían derecho a ser felices.

Bueno, Pere, bienvenido a casa, definitivamente. Ya sabes que no te llamaré papá, eso no. Pero no habrá ningún problema, porque tú prefieres que nos llamemos por el nombre, como dos compañeros que compartimos la vida de mi madre sin rivalizar nunca.

Y basta ya de moquear. Los famosísimos cabarés de París, en cambio, son una patatada. A Pere le sabía mal marcharse de París sin haber entrado en el Moulin Rouge o en el Folies Bergère, y nos acercamos. Pero, apenas llegamos a la plaza Pigalle de marras, la encontramos repleta de autocares con rebaños de japoneses que entraban ordenadamente a los cabarés.

Esa imagen mítica que Pere tenía de los célebres locales se volvió de sémola de tapioca. Le entró tal complejo de turista de postal que huimos del barrio como si todos los apaches de París nos persiguiesen con sus hachas. Ni hablar de esperar.

Acabamos la noche muy bien, tomando unos helados maravillosos en los Campos Elíseos, mi madre y yo tan contentos, y Pere de tanto en cuanto movía la cabeza y murmuraba:

—París ya no es lo que era, eso está visto.

La cuarta flipada fue el Bois de Boulogne. Y no me refiero al bosque, que está muy bien, con sus árboles, hierbas y ecologías, sino a las pistas de *skate* ultramegaguay que había.

¿Cómo se puede describir el séptimo cielo? Digamos que eran un pelín mejores que las pistas recién inauguradas en

Montornès del Vallès. Eran las pistas de París, y, cuando digo París, quiero decir París.

¡¡¡Treinta «¡yeahs!» de entusiasmo por el alcalde *superfun* de París, que tan bien había sabido interpretar los ensueños «skatísticos» de una generación incomprendida!!!

Saqué la tabla —¿no os había avisado de que me la había llevado al viaje?— y recuperé el tiempo perdido en pleno ambiente de intercambio internacional.

No va de broma. En las pistas del Bois de Boulogne encontré *skaters* de quince o veinte países, turistas como yo, que habían viajado con su tabla como yo, y que habían acudido como yo a la catedral del *skate* francés.

Se me acercó un chaval rubio a pedirme que le enseñara cómo hacía un *invert*. Bueno, me dio la impresión de que quería saber eso, porque sólo le entendí una cosa como *flunguen, flunguen*. Pere dijo que hablaba alemán.

Afortunadamente, los *skaters* nos entendemos sin hablar, son las tablas quienes hablan. ¡Yeah!

Repetí el *invert* media docena de veces, y el alemanito ya tuvo suficiente para hacer el primer intento y darse el primer cate. Cuando lo dejé iba por buen camino.

Y hasta aquí, París; el resto era más rollo.

El regreso fue pesadito, como todos los regresos. No para mí, que volví a «sobar» en la parte de atrás del coche, pero sí para mi madre y Pere, que conducían.

Al llegar a casa, mi madre se metió en la cama y durmió veinte horas seguidas, mientras yo, desvelado y fresco, recuperaba la amistad con las pistas de Montornès.

Saludé a los «coleguis», presumí del viaje y, malamente, de

los cuatro trucos aprendidos en las pistas parisinas. En fin. la vacilada que se podía esperar.

Por la tarde, antes de volver a casa, caminé hasta el cementerio de Viñas Viejas. Siempre está cerrado, pero salté la tapia y me acerqué al nicho de mi padre.

Tenía muchas cosas que contarle. Todo lo del viaje, el amor entre mamá y Pere, mi amistad con mi nuevo padrastro... Dos meses antes me habría parecido imposible cavilar sobre estas cosas ante la tumba de mi padre, pero ahora mis pensamientos fluyeron con la suavidad de un riachuelo, sin ningún obstáculo, sin ningún resentimiento.

No había ninguna memoria ofendida ni ningún agravio que vengar. Mi padre, mi madre y Pere, los tres, ocupaban una parte importante en mi vida, y yo en la suya. Así estaba bien.

Aún no me fui; me quedaba un deber. Al pie del nicho de mi padre, escarbé un agujero en el suelo y lo volví a tapar, y allí quedó enterrado el recuerdo de Roger, ese hermano imaginario que se parecía en todo a Isern, salvo en que era más listo, más hábil y más decidido que él, y no tenía miedo de expresar sus sentimientos, incluso los de odio.

Gracias a los empujones de Roger, yo había tenido la energía necesaria para progresar, para acercarme al ideal que él representaba.

Pero, una vez cumplida su misión. Roger no podía acompañarme más. Mi hermano gemelo, tan parecido a mí, tenía que quedarse allí, haciéndole compañía a mi padre.

Estarían bien, el uno con el otro.

Isern es un adolescente apocado y torpón. Su hermano gemelo Roger. más dinámico y atrevido, se convierte en un fantástico entrenador de *skate* y guía que le hará ver las cosas desde un ángulo nuevo.

Xavier Bertrán, periodista y escritor de Literatura Infantil y Juvenil, consiguió con su primera obra, *Elieta*, el I Premio Ala Delta. Desde entonces se dedica, casi exclusivamente, a la narrativa para niños y jóvenes.

Autor

A AVELINO HERNÁNDEZ, escritor soriano, le han atraído siempre los pueblos abandonados. Los ha buscado en sus viajes y piensa dedicarles una serie de relatos.